

UNIVERSIDAD TORCUATO DI TELLA

Departamento de Historia

Licenciatura en Historia

“La Guerra de Malvinas de 1982 en la prensa nacional e
internacional.
Un balance comparativo.”

Alumna: María Paula Etcheberry

Tutora: Paula Bruno

Junio, 2017

Resumen

En el siguiente trabajo se analizará la forma en la que se posicionó la prensa argentina frente a la Guerra de Malvinas en 1982. En particular, se analizarán los diarios de mayor tirada en tres momentos específicos de la guerra: sus inicios, el hundimiento del crucero General Belgrano, y el fin de la guerra. Se realizará una comparación con la prensa internacional, tomando ejemplos particulares de la prensa anglosajona y de la prensa de otros países latinoamericanos. Se buscarán comprender las causas del consenso que brindaron los principales diarios argentinos al conflicto bélico, teniendo en cuenta especialmente factores que trascienden la coyuntura específica de la dictadura militar, como el nacionalismo territorialista argentino, el antiimperialismo, las prácticas de censura, así como también el carácter de “causa nacional” que había adquirido la cuestión Malvinas. Asimismo, se buscará contrastar la postura de la prensa nacional, comparándola con la prensa internacional, dónde el campo de maniobra para la presencia de posiciones disidentes era mayor, porque no estaba atravesada por aquellos factores que generaban consenso en la prensa argentina.

ÍNDICE

Introducción	4
1973-1976: la democracia en descomposición	5
La cuestión de la “subversión”: el hilo conductor entre democracia y dictadura	6
Golpe y dictadura: el gobierno militar (1976-1983)	7
Prensa y medios	8
1982: El fenómeno Malvinas	8
Objetivos	10
Capítulo 1: Dictadura militar: censura a la cultura y los medios de comunicación.....	12
Capítulo 2: La prensa nacional durante la Guerra de Malvinas.....	26
Nacionalismo territorialista y antiimperialismo: factores de consenso	26
La censura durante la Guerra de Malvinas	34
Análisis de casos I: inicio de la Guerra.....	36
Análisis de casos II: el hundimiento del General Belgrano	42
Análisis de casos III: cese de fuego y fin de la guerra.....	44
Algunas miradas disidentes.....	46
Una breve síntesis	48
Capítulo 3: La prensa internacional durante la Guerra de Malvinas	50
La prensa internacional: algunas generalidades.....	50
Análisis de casos I: inicios de la Guerra en la prensa internacional	52
Análisis de casos II: el hundimiento del Belgrano en la prensa internacional.....	57
Análisis de casos III: el fin de la Guerra en la prensa internacional.....	61
Una breve síntesis de la posición de la prensa internacional frente a Malvinas	64
Consideraciones finales:	66
Referencias bibliográficas:	70
Fuentes:	72
Anexo:	76

Introducción

La Guerra de Malvinas, un hecho breve pero central en la historia argentina, se inscribe dentro del contexto más amplio de la historia del Proceso de Reorganización Nacional en Argentina (1976-1983).

Tras la descomposición del régimen democrático durante el tercer gobierno peronista, los militares tomaron el poder a través de un nuevo golpe de estado. Tras el retorno de Perón a la Argentina después de su exilio, que puso fin al gobierno militar de la Revolución Argentina, el peronismo sufrió una crisis interna. Amenazado por la figura enemiga del “terror subversivo”, el gobierno peronista dio a las Fuerzas Armadas una injerencia cada vez mayor en asuntos de seguridad interna.

Finalmente, las Fuerzas Armadas tomaron el poder con un golpe de estado en 1976 e instituyeron un gobierno de facto que dio inicio al Proceso de Reorganización Nacional. La misión mesiánica de restaurar el orden y reorganizar la sociedad argentina, junto con el objetivo de erradicar totalmente la “subversión”; fueron los únicos elementos que generaban cohesión dentro de las Fuerzas Armadas. Fuera de esos elementos, la división en diferentes facciones era corriente, sobre todo en cuanto a política exterior: existían sectores blandos y sectores duros, sectores occidentalistas, regionalistas o aislacionistas; entre otros.

En un contexto de fuerte debilidad del régimen, luego del fracaso del plan económico del ministro Martínez de Hoz, los sectores duros llegaron al poder a fines de 1981, con Galtieri al mando del Poder Ejecutivo. Tras una lectura errónea, en la que se contaba con un potencial apoyo estadounidense a la Argentina y con un contexto exterior favorable a un régimen como el argentino, el gobierno militar se embarcó en un conflicto bélico por la recuperación de las islas Malvinas en 1982.

La guerra con Gran Bretaña trajo un apoyo sin precedentes en la sociedad civil, construyendo consensos a través de factores como el nacionalismo territorialista y el antiimperialismo, dos fenómenos muy arraigados en la sociedad argentina desde varias décadas antes y que contaban con una historia propia que trascendía al propio régimen militar. La mayoría de los medios de comunicación argentinos, dentro de un contexto de censura y autocensura, expresaron este consenso. Sin embargo, en algunos casos excepcionales, y especialmente en medios del exterior, se pudo apreciar un cierto nivel de disidencia. A continuación, se abordarán los principales elementos necesarios para poder entender el contexto en el cuál se inserta la pregunta central que busca responder este trabajo: ¿Cómo se posicionó la prensa periódica frente al conflicto bélico de Malvinas en 1982?

1973-1976: la democracia en descomposición

Para poder referirse al período específico en el que se sitúa el objeto de estudio (dictadura en general, Guerra de Malvinas en particular), es necesario referirse al período previo al golpe de estado de 1976, no sólo para comprender el porqué del golpe, sino también para facilitar el entendimiento de las razones por las cuáles las Fuerzas Armadas tenían un rol tan importante en el escenario político argentino. Se incluirá una sección en la introducción sobre el gobierno peronista y los primeros años de la dictadura militar, en particular sobre la construcción de la denominada subversión como enemigo, porque dicho período contiene la génesis de gran parte de los elementos centrales que definieron al conflicto Malvinas. Por lo tanto, aquel período constituiría el escenario (a mediano plazo) en el que se sitúa el objeto de estudio. Sin embargo, en el trabajo en sí, poco se mencionará sobre este escenario más a largo plazo y el énfasis se pondrá sobre el contexto más inmediato, es decir, el año 1982.

El período 1973-1976 puede situarse dentro de un escenario de crisis de identidad al interior del peronismo, en el que diferentes sectores como la izquierda o la derecha peronista, tenían diferentes interpretaciones sobre el giro que debía tomar el movimiento (De Riz, 2000). Isabel Perón fracasó en su proyecto de hacer un giro hacia la derecha, principalmente porque perdió todos los apoyos que tenían la capacidad de brindarle estabilidad a su gobierno. En primer lugar, se alienó el apoyo de los jefes sindicales, a través de las pésimas condiciones económicas, que generaron gran inestabilidad en el panorama macroeconómico. Esto colocó a los sindicalistas en la encrucijada de si apoyar al régimen de Isabel, por tratarse de un gobierno peronista, es decir, del mismo movimiento al que adherían, o de si conservar su autonomía y reclamar por el bienestar de los trabajadores (De Riz, 2000). En segundo lugar, se alienó los apoyos del empresariado y del parlamento. Y, por último, perdió el apoyo de los militares. Aunque los militares seguían la línea del profesionalismo prescindente, que establecía el no involucramiento político, este presunto constitucionalismo era en realidad una forma de golpismo sutil e indirecto: implicaba no respaldar a un gobierno que cada vez perdía más apoyos y se iba debilitando con el transcurso de los meses. De hecho, el gobierno de Isabel hizo eje en la lucha contra la “subversión guerrillera”, esperando ganarse el apoyo de los militares, pero esto probó ser insuficiente (De Riz, 1987). Los militares invitaban a la sociedad civil a encontrar una solución a la crisis de autoridad, pero, se proponían a sí mismos (en forma de ultimátum) como única salida posible si la solución civil fracasaba. De esta manera, los militares contribuyeron a legitimarse a ellos mismos como la mejor posibilidad frente a la crisis de la autoridad gubernamental (De Riz, 1987).

La cuestión de la “subversión”: el hilo conductor entre democracia y dictadura

La figura de la “subversión” como enemigo a erradicar, lejos estaba de ser una novedad tras el golpe de estado de 1976. Al contrario: la construcción del “subversivo” como enemigo fue un proceso que ocurrió durante el tercer gobierno peronista, entre 1973 y 1976. El pensamiento de Perón contribuyó a esto, porque redujo las acciones violentas de los revolucionarios a pura acción criminal, incluso cuando años antes había alentado las acciones de las organizaciones de la izquierda peronista (Vezzetti, 2009). Existía también una idea de complot internacional: se planteaba que el movimiento subversivo se dirigía desde el exterior, en particular desde Francia (Vezzetti, 2009).

Desde 1974 estas ideas comenzaron a plasmarse en leyes, decretos y medidas destinadas a eliminar la “subversión”. Primero, se buscó reprimir la actividad subversiva y terrorista dentro del marco legal, pero luego comenzaron a tomarse medidas que hablaban de “necesidad” o emergencia, y por lo tanto trascendían el marco del estado de derecho.

La primera medida a destacar fue la Ley de Seguridad, de septiembre de 1974, que tenía como objetivo erradicar totalmente a la “subversión”, además de agregar la prisión para periodistas y jefes de medios de comunicación que informaran o transmitieran ideas potencialmente subversivas (Franco, 2012). Las principales críticas a la ley estuvieron centradas en este aspecto y en que uno de sus artículos iba en contra del derecho a huelga, pero no existió una crítica hacia la idea de la “subversión” como un problema que debía erradicarse por completo. Esta misma Ley de Seguridad sería retomada por los militares en 1976 con algunas modificaciones (Franco, 2012).

La segunda medida importante fue el estado de sitio, promulgado en noviembre de 1974. Se suspendieron los derechos ciudadanos ante un estado de necesidad pública, haciendo entrar en escena el concepto de necesidad y estado de excepción. La medida no era ninguna sorpresa, porque se venía considerando desde 1973. El estado de sitio fue renovado varias veces y nunca se suspendió definitivamente hasta 1983 (Franco, 2012).

En 1975, se denunció que, en algunos casos, la represión estatal incluía métodos que serían típicos de la dictadura militar, como por ejemplo, las torturas, los simulacros de fusilamiento, o los apremios ilegales con uso de picanas. Estas acciones ilegales no eran exclusivas de la Triple A únicamente, sino que incluían también a la Policía Federal y otras organizaciones de la estructura estatal (Franco, 2012). Fue en 1975 también cuando comenzaron las acciones clandestinas de las Fuerzas Armadas, en colaboración y coordinación con las fuerzas policiales. En este contexto, se tomaron decisiones como llevar a cabo el Operativo Independencia en Tucumán y establecer el primer centro clandestino de detención: La Escuelita de Faimallá. El

objetivo era realizar una intervención militar para terminar con las acciones de la organización guerrillera PRT-ERP.

En la mayoría de los espacios políticos, estas medidas fueron aceptadas como algo natural. Ningún partido político cuestionó la centralidad de la “subversión” como problema. Además, en 1975 se produjo un cambio de registro en la agenda de la opinión pública: ya no se hablaba de exterminar al terrorismo en general o de combatir la denominada subversión, sino de la necesidad de restablecer el orden, la autoridad y la defensa de la nación (Franco, 2012).

Los sectores medios no politizados no lamentaron la caída del gobierno de Isabel Perón, sino que recibieron con alivio la llegada de los militares en el ‘76, porque no los veían como responsables del terrorismo, sino como un régimen que traería mayor orden y autoridad (Carassai, 2013). El 24 de marzo del ‘76 pudo anclarse dentro de un contexto familiar y preexistente, no fue percibido como algo novedoso: la violencia y los golpes de estado formaban parte de la realidad argentina reciente (y no tan reciente) en términos estructurales. Es necesario recordar que el último golpe había sido en 1966, hacía tan solo 10 años, y que los gobiernos militares surgidos de este golpe continuaron gobernando de facto hasta 1973.

Es posible establecer que hay una temprana aparición, incluso en un régimen democrático, de un estado terrorista; que incluía a otras estructuras estatales más allá de una organización parapolicial como la Triple A (Carassai, 2013). Este fenómeno fue posible con la connivencia de la sociedad civil: por un lado, de los distintos partidos del espectro político, que nunca se opusieron rotundamente a la idea de exterminar la “subversión” (Franco, 2012); y por el otro lado, de los sectores medios no politizados, que creyeron que los militares podrían restablecer un orden y una autoridad estatal perdida (Carassai, 2013).

Golpe y dictadura: el gobierno militar (1976-1983)

Teniendo en cuenta este contexto previo al golpe de estado de 1976, los militares establecieron un clima de guerra, en el cuál enfrentar la “subversión” era el máximo objetivo. Todos los otros objetivos, estaban directa o indirectamente relacionados con la cuestión de la “subversión” (Novaro, 2010). La “actividad subversiva” se consideraba la base de todos los problemas de la Argentina y las detenciones legales eran vistas como insuficientes para solucionarlo. Por lo tanto, se recurrió a métodos que excedían el marco de lo legal, como los centros de detención clandestinos, las torturas y las desapariciones (Novaro, 2010). Los dos primeros años del gobierno militar fueron dedicados a la “guerra antisubversiva” (Novaro, 2010).

En este marco de centralidad de la lucha antisubversiva, fue necesario implementar medidas de censura al campo cultural e intelectual, así como también a los medios de comunicación.

Los medios debían estar en línea con los objetivos centrales del Proceso: eliminar a la “subversión” y *reorganizar* a la sociedad argentina (Novaro y Palermo, 2003).

Prensa y medios

El contexto general de la prensa y los medios de comunicación durante la dictadura fue de censura y autocensura, sumado a medidas represivas para eliminar disidencias (Blaustein y Zubieta, 1998). Al poco tiempo de ocurrido el golpe, se establecieron pautas que determinaban qué tipo de contenidos podían ser divulgados y cuáles estaban prohibidos. Sin embargo, la censura no fue homogénea y a lo largo de la dictadura se pasó por momentos de más represión y otros de más suavidad. El fracaso económico del plan de Martínez de Hoz, que para 1979 ya era evidente, generó que varios diarios criticaran las medidas económicas que se habían adoptado (Varela, 2005). Luego de la Guerra de Malvinas, la crítica al gobierno militar se acentuó todavía más (Varela, 2005). Dentro del contexto de censura, no todos los medios adoptaron las mismas estrategias (Blaustein y Zubieta, 1998). Además, existió una prensa *underground* clandestina, encarnada, por ejemplo, en la Agencia de Noticias Clandestina (ANCLA) que Rodolfo Walsh manejó hasta su muerte en 1977, así como también en varios diarios y revistas de circulación subterránea (Blaustein y Zubieta, 1998; Marino y Postolski, 2006).

1982: El fenómeno Malvinas

Por último, debe comprenderse cómo se inscribe la Guerra de Malvinas dentro de estos dos contextos ya explicados (dictadura en general, y comportamiento de los medios de comunicación masiva durante el Proceso, específicamente). En primer lugar, los argentinos accedían a la guerra sobre todo a través de la prensa, junto con otros medios de comunicación masivos (Lorenz, 2006). Las actitudes de los medios de comunicación a veces se diferenciaban muy poco de la propaganda oficial del régimen, construyendo una imagen de los jóvenes argentinos como representantes de la nación argentina (caracterizada como una nación joven) enfrentándose al imperialismo anacrónico de una potencia envejecida y en decadencia como era Gran Bretaña (Lorenz, 2006). Así, los jóvenes que participaban de la guerra (también llamados “chicos de Malvinas”) representaban una vanguardia que traería cambios profundos positivos para la sociedad argentina.

La prensa destacaba el carácter heroico de los argentinos que luchaban pese a la desigualdad tecnológica con respecto a Gran Bretaña, cubriendo especialmente los combates aéreos, dónde los argentinos se enfrentaban con su maquinaria atrasada a los aviones británicos de tecnología

muy avanzada (Lorenz, 2006). También, colaboró a formar la idea de que la guerra de Malvinas se inscribía dentro del contexto más amplio del antiimperialismo, y la experiencia del nacionalismo militante, trascendiendo así al hecho de que la guerra había sido declarada por la dictadura y permitiendo así lograr un apoyo popular bastante extendido, que alcanzó incluso a los sectores que se oponían al régimen (Lorenz, 2006).

Aunque existía la disidencia, se expresaba en forma ambigua: personas que individualmente estaban en contra de la guerra, participaban de actividades solidarias para los soldados o donaban alimentos y objetos personales para los jóvenes combatientes (Lorenz, 2006).

Por esta razón, es necesario hacer hincapié en dos aspectos claves para comprender cómo se generó el consenso en torno a Malvinas: el antiimperialismo y el nacionalismo.

El antiimperialismo se encontraba en estrecha relación con la Nueva Izquierda en Argentina, que surgió con las escisiones del Partido Socialista en 1958 y 1961 (Tortti, 2005). Los jóvenes radicalizados, agrupados en el PSAV, favorecían la mezcla entre socialismo y peronismo, a la vez que no descartaban recurrir a la lucha armada para implantar el socialismo (Tortti, 2005). Se veían influenciados por los vínculos con el catolicismo (a través de la teología de liberación y la opción por los pobres que pregonaban los sacerdotes del Tercer Mundo), así como también por el pensamiento de Sartre y Frantz Fanon (Tortti, 1999). La Revolución Cubana y Vietnam, se transformaron en modelos a seguir, a la vez que predominaba un lenguaje de liberación nacional (Tortti, 1999). La Nueva Izquierda fue un fenómeno de carácter global: a partir del Mayo Francés y los levantamientos de 1968, incluso en países como Alemania, Francia o Italia, surgieron guerrillas y agrupaciones armadas que imitaban los modelos de Cuba y Vietnam.

La Nueva Izquierda no logró superar su gran vaguedad programática, pero, de todas maneras, contribuyó a poner al antiimperialismo en el centro de la escena de la sociedad argentina.

El nacionalismo, por su parte, tiene raíces más profundas y distantes en el tiempo, que se remontan incluso la construcción del Estado nacional entre 1860 y 1880, pasando por la educación patriótica cercana al Centenario, o por el pensamiento de Lugones en torno a 1930 y el desarrollo de un nacionalismo conservador en esa misma década (Devoto, 2002). Dentro del nacionalismo argentino, el territorialismo es uno de sus componentes centrales. Según Palermo, el nacionalismo puede definirse como “una configuración discursiva propositiva de identidad” (2007, pág. 36), y dado que a la Argentina le faltaban otras alternativas para ofrecer (y proponer) una identidad común, la defensa del territorio se convirtió en un aspecto muy importante. El suelo aparece como la encarnación del espíritu nacional, y como lo único inmutable que posee la Argentina (Palermo, 2007). A este proceso contribuyeron corrientes políticas e intelectuales de índole muy diversa, que abarcan desde el socialista Alfredo Palacios

en la década del '30, pasando por el Revisionismo, surgido también en esa década, e incluso los militares o conservadores (Palermo, 2007). Así, para el momento del golpe de estado de 1976, el territorialismo era tan relevante que los conflictos territoriales fueron importantísimos durante el Proceso. Como ejemplo, debe mencionarse (además de Malvinas) el Conflicto del Beagle con Chile durante 1978.

En suma, al llegar al poder, los militares se encontraron con la causa Malvinas ya construida; y con factores generadores de consenso como el nacionalismo territorialista y el antiimperialismo, ya muy arraigados en la conciencia de los argentinos.

Objetivos:

Teniendo en cuenta estos lineamientos, el objetivo principal del presente trabajo es responder a la pregunta de cómo se posicionó la prensa escrita frente al conflicto armado en Malvinas. Es decir, si hubo o no un cierto nivel de disidencia y cómo se generó el consenso entre los medios (más allá de la obvia respuesta de tratarse de medios sujetos a un contexto político de represión, autoritarismo y censura). Para la cuestión del consenso, será necesario tener en cuenta otros factores de gran peso como el lugar del antiimperialismo y el nacionalismo dentro de la cultura política argentina. Asimismo, estos factores deberán relacionarse con el marco de las prácticas de censura que buscó imponer la dictadura.

Para la cuestión de la disidencia, teniendo en cuenta la dificultad de encontrar posiciones de rechazo en el plano local, porque, aunque existía cierta oposición en torno a otros aspectos de la dictadura militar (como la política económica), no existía una gran disidencia en torno al tema Malvinas; se procederá a analizar publicaciones periódicas internacionales, o relacionadas a lo internacional (como el Buenos Aires Herald). Así, se realizará una comparación entre el nivel de disidencia en el exterior, y la poca disidencia a nivel local. Sin embargo, para evitar caer en una hipótesis reduccionista, deberán ser tenidos en cuenta e incluidos los pocos casos de disidencia a nivel local, como el caso de los intelectuales de la revista *Punto de Vista*.

Para facilitar el análisis, se elegirán ciertos episodios particulares de la guerra: el principio de la guerra, el hundimiento del crucero General Belgrano y del destructor inglés Sheffield, y, por último, el fin de la guerra, cuando cesa el fuego el 14 de junio de 1982.

El trabajo constará de cuatro capítulos. El primero, buscará dar un panorama general sobre la dictadura y las prácticas de censura que aplicó a los medios de comunicación y el campo cultural e intelectual. El segundo capítulo, consistirá en un análisis de los principales diarios argentinos durante los tres momentos seleccionados. Asimismo, se buscará precisar el

significado del nacionalismo territorial y el antiimperialismo. El tercero, realizará una tarea similar, pero tomando como objeto los periódicos internacionales. Por último, se incluirá una conclusión que busque recapitular las principales ideas desarrolladas a lo largo de todo el trabajo, así como también señalar posibles líneas de investigación futuras.

Debe también mencionarse cuáles son los criterios de selección y revisión utilizados para los artículos periodísticos analizados en los capítulos 2 y 3. Se ha hecho una selección de los principales diarios a nivel nacional e internacional. Con respecto a la prensa nacional, se han tomado diarios de gran tirada y cuya popularidad es extensa, por tratarse de diarios publicados en todo el país. No se tratarán publicaciones de alcance local y regional. Se tratarán diarios de un estilo de publicación y un origen distinto, como La Nación, La Prensa, Clarín y Crónica. El objetivo central es mostrar que aún pese a las diferencias entre las publicaciones, todas compartieron una línea similar durante la Guerra de Malvinas.

Con respecto a la prensa internacional, se han seleccionado publicaciones de origen anglosajón como el diario estadounidense New York Times, el semanario británico Latin America Weekly Report, así como también el Buenos Aires Herald. Esta publicación ha sido seleccionada especialmente por tratarse de un diario que mezcla el componente anglosajón con el local (por ser publicado en Buenos Aires). También, se han seleccionado ejemplares de la prensa venezolana y nicaragüense, para brindar ejemplos de cómo percibía el conflicto Malvinas la prensa regional de países latinoamericanos.

Al analizar las publicaciones, se buscará la presencia del consenso y la disidencia, así como también se revisarán las publicaciones periódicas seleccionadas en función de la presencia (o la ausencia) de factores como la censura, el antiimperialismo, el nacionalismo territorial, y Malvinas como causa nacional. A la hora de analizar los artículos periodísticos, estos serán los factores centrales a los que se les prestará una atención particular.

Capítulo 1 – La Dictadura militar: censura a la cultura y a los medios de comunicación

Antes de analizar la prensa durante la Guerra de Malvinas, es necesario comprender el contexto en el cuál se inscribe: la dictadura militar en general, y en concreto, sus medidas de censura a la cultura y los medios de comunicación. Por eso, se hará una descripción de los principales elementos que caracterizan a la última dictadura militar tanto en el plano interno como externo (retomando los lineamientos explicados en la introducción) y luego, se procederá a hacer una descripción, más extensa y específica, sobre cómo se construyó el discurso de censura y cómo se implementó en la práctica a través de medidas concretas durante la dictadura militar.

En primer lugar, es necesario comprender ciertas generalidades con respecto a la dictadura. El Proceso de Reorganización Nacional tenía un objetivo central: como su nombre lo indica, buscaba regenerar completamente la sociedad argentina en casi todos los ámbitos. Esta idea mesiánica, que consistía en la búsqueda de la regeneración de la sociedad abarcaba reformas económicas, cambios en las instituciones, en las organizaciones de la sociedad civil y la esfera pública, entre otros aspectos (Quiroga, 2005). Se trataba de un proyecto global y totalizante: consistía en transformar todos los ámbitos de la sociedad, en todo el país. Tras lo que se había considerado como una administración caótica (en especial, el gobierno de Isabel Perón), se buscaba lograr el restablecimiento del orden, así como también realizar cambios irreversibles en múltiples áreas de la vida individual y colectiva. Entre las metas del Proceso, se incluían metas políticas de reorganizar actores sociales y políticos, metas económicas (imponer un nuevo modelo económico basado en el neoliberalismo que promulgaba la Escuela de Chicago) e internacionales, como relanzar el aparato productivo y ubicar a la Argentina en la vanguardia de Occidente (Novaro, 2010; Quiroga 2005).

Como ya hemos visto, la denominada subversión era considerada la base de todos los problemas que sufría el país (Novaro, 2010). Antes del golpe de estado, se había construido la figura del “subversivo” como enemigo que amenazaba la seguridad de la nación (Franco, 2012). Por lo tanto, el régimen militar utilizó todos los recursos posibles (incluso aquellos que excedían el marco legal) destinados a eliminarla. Las torturas, las detenciones clandestinas y las desapariciones fueron herramientas frecuentes. Desde el discurso oficial, se planteaba que existía una “guerra contra la subversión”. El objetivo de eliminar al enemigo subversivo y el clima de guerra que en consecuencia reinaba, eran el único factor que brindaba cohesión interna a unas Fuerzas Armadas atravesadas por múltiples divisiones y faccionalismos (Novaro y Palermo, 2003; Quiroga, 2005). Además de las divisiones con respecto a la política exterior,

en el plano interno, por ejemplo, existía una división entre duros y blandos (Novaro y Palermo, 2003).

Con respecto a la política exterior, existía una división entre occidentalistas, regionalistas defensivos y aislacionistas guerreros. Los occidentalistas buscaban aliarse a Washington y así obtener el apoyo político y financiero necesario para reinsertar al capitalismo argentino en el mundo, terminar con el aislamiento, y lograr consolidar al país como potencia regional. Ello implicaba bajar la intensidad de la represión, y realizar incluso gestos humanitarios como la liberación de 8000 presos políticos (Novaro, 2010).

El regionalismo defensivo buscaba aprovechar la presencia en la región de otros regímenes parecidos (cooperar con las otras dictaduras militares), para concretar una zona de influencia argentina. El Plan Cóndor fue un ejemplo de esta versión particular de latinoamericanismo que proponía el regionalismo defensivo.

Por último, se encontraba el aislacionismo guerrero, que consistía en la estrategia de utilizar el uso de la fuerza como medio para resolver conflictos, dado que la diplomacia era considerada insuficiente. Esta postura se vio reflejada en los diferendos limítrofes con Chile que casi culminan en guerra en 1978, y en la disputa por Malvinas con Gran Bretaña, que efectivamente concluyó en una guerra (Novaro, 2010). Estas tres posturas diferentes chocaban entre sí todo el tiempo dentro del gobierno militar. Estas divisiones en el plano externo, se superponían con la división entre duros y blandos en el plano interno. Los bandos, como Videla (sector generalmente constituido por los occidentalistas) eran partidarios de la negociación diplomática; y los duros, en cambio, preferían la opción bélica para resolver los conflictos.

Así, durante el conflicto del Beagle se produjo una presión interna del sector duro, que buscaba prepararse para la guerra con Chile y hacía todo lo posible por frenar las negociaciones de Videla. El sector dispuesto a encontrar una salida pacífica y negociada, por su parte, también bloqueaba los impulsos del sector duro más favorable a la solución bélica (Novaro y Palermo, 2003). Ambos sectores se bloqueaban mutuamente, y ello produjo que el conflicto permaneciera durante mucho tiempo en una posición ambigua.

En cambio, en el conflicto de Malvinas, se intentó buscar una salida a la crisis de un régimen que se encontraba arrinconado (tras el fracaso del proyecto económico liberal y tras la reactivación gradual del espacio público, proceso que se había intensificado en 1981). Esta vez el poder estaba en mano de los duros, por lo cual pudieron encontrar en la causa Malvinas la guerra que el nacionalismo territorialista buscaba (Novaro y Palermo, 2003).

Otro aspecto problemático de la política exterior del Proceso, fue la postura con respecto a los EE.UU. Durante el gobierno de Videla, hubo conflictos con el gobierno del demócrata Jimmy

Carter en torno a la problemática de las violaciones de Derechos Humanos. Por una estrategia relacionada a la Guerra Fría, EE.UU. y el bloque capitalista occidental tenían que recuperar su superioridad moral para enfrentarse al bloque soviético, tras los fracasos en Vietnam. Como Argentina era un país poco interesante en términos estratégicos para los EE.UU., pero a la vez, las violaciones a los derechos humanos eran muy conocidas en la opinión pública internacional; era el caso perfecto para plantear la renovada superioridad moral de Occidente (Novaro, 2010). Repudiando el caso argentino, la supuesta superioridad moral se hacía concreta y tangible en la práctica. Frente a estas críticas, después de rechazar el ingreso de varias inspecciones de la CIDH, Videla decidió finalmente aceptarla en 1977, considerando que iba a hacerse hincapié en que las violaciones a los Derechos Humanos habían disminuido. Pero al contrario de lo esperado por el gobierno militar, la CIDH actuó con autonomía, y en vez de reparar en las supuestas “mejoras” de la Argentina, enfatizó la persistencia de las violaciones a los derechos humanos. Por lo tanto, permitir la inspección de la CIDH fue un gran error político para la Junta Militar (Novaro, 2010).

El segundo error con respecto a los EE.UU., fue la mala lectura que hizo Galtieri del contexto internacional, al creer que era probable que los EE.UU. apoyaran a Argentina en un posible conflicto bélico. Dada la mayor afinidad con Reagan, el sucesor de Carter, quien dio un giro hacia la derecha y hacia el conservadurismo, y sobre todo teniendo en cuenta la colaboración argentina en la intervención estadounidense en Nicaragua; Galtieri creyó que sería factible contar con el apoyo estadounidense (Novaro, 2010). Además, en Gran Bretaña, Margaret Thatcher también imponía un retorno al conservadurismo de derecha, por lo que Galtieri consideraba que, en líneas generales, el frente externo le era favorable. Lejos estaba de verlo como una amenaza (Novaro, 2010).

Lo único que consideraba perjudicial era el frente interno, dada la extensa falta de entusiasmo entre la población tras el fracaso de los planes económicos y de muchos de los objetivos del Proceso. De alguna manera, el conflicto de Malvinas fue una búsqueda por solucionar dichos problemas de falta de apoyo en el frente interno.

En síntesis, los militares gozaban de muchos puntos de fractura que los separaba en múltiples facciones, y además, tanto los que pertenecían a sectores blandos como a sectores más duros, realizaron una mala lectura de las intenciones de Estados Unidos. Este aspecto aporta otra clave importante para entender la naturaleza del conflicto en Malvinas y del funcionamiento de la política exterior durante la dictadura.

Pero, volviendo al plano interno, en este contexto de un régimen político autoritario, los medios

de comunicación masiva funcionaron como una herramienta para emprender la tarea reorganizadora que los militares se habían encomendado a sí mismos (Novaro y Palermo, 2003). Se intentaba cuidar qué información se filtraba acerca de la “guerra sucia” contra la llamada subversión (Novaro y Palermo, 2003). De hecho, aunque sería erróneo afirmar que los medios de comunicación fueron los causantes del golpe de estado de 1976, sí ayudaron a generar un consenso a favor del golpe (Blaustein y Zubieta, 1998). El caso más emblemático fue el del diario La Razón, que llevó una cuenta regresiva desde el 2 de marzo de 1976 hasta el día anterior al golpe. El título principal del diario el 23 de marzo de 1976 fue “Es inminente el final. Todo está dicho.” (Blaustein y Zubieta, 1998)

Además, incluso los periodistas o medios de comunicación que no se consideraban partidarios del golpe militar, recibieron el golpe con cierto alivio, porque, al igual que gran parte de la sociedad civil argentina, vieron en el golpe una oportunidad para reinstaurar un orden que se consideraba perdido.

Pero el acompañamiento que brindaron los medios de comunicación al régimen militar no fue un fenómeno que se generó por sí mismo. A través de las prácticas de la censura y la autocensura, la dictadura militar buscó imponer medidas represivas para eliminar disidencias en el campo de los medios de comunicación y también de la cultura, abarcando al cine, la radio, la televisión, el teatro y la literatura (Avellaneda, 1986). La censura se vio plasmada en instituciones destinadas a dicho fin, como el COMFER (Comité Federal de Radiodifusión, que se encargaba del contenido y la música difundidos en las radios) o el Servicio Gratuito de Lectura Previa.

Sin embargo, la censura no fue homogénea: hubo momentos de mayor dureza y mayor flexibilidad. Hubo un primer período entre 1976 y 1979 en el que la censura fue más fuerte, para luego dar lugar a un segundo período de mayor flexibilidad y cierta suavidad, que va de 1980 hasta la caída del Proceso en 1983 (Varela, 2005). De todas maneras, no hay que dejar de señalar que la censura al campo cultural, artístico e intelectual, se hizo presente durante todo el período que abarcó la dictadura, incluso en los momentos de mayor apertura o flexibilidad. Tampoco es casualidad que el período de mayor dureza e intensidad de la censura se haya dado en los primeros años del régimen militar. Esos años coinciden con el momento de mayor auge en la “lucha contra la subversión”: entre 1976 y 1978 se concentran la mayor cantidad de desapariciones, secuestros y detenciones clandestinas. Concretamente, hubo casi 3500 desapariciones en dichos años (Novaro, 2010).

La censura a la cultura y a los medios de comunicación eran un proceso que complementaba, como una prolongación lógica, a la “guerra contra la subversión”. La desaparición física de los

cuerpos debía ser acompañada por la desaparición de los símbolos y discursos ligados al “enemigo subversivo”. Por lo tanto, la “guerra contra la subversión” era una guerra también llevada a cabo en el ámbito cultural, y existió también una “desaparición de la cultura” (Invernizzi y Gociol, 2003). El objetivo central era combatir al enemigo cultural principal, que era el marxismo.

Se entendía el marxismo como una categoría relativamente elástica, en la que por un lado existía un marxismo puro y más fácilmente reconocible, y por el otro lado, existía un marxismo más flexible, que podía adaptarse y mimetizarse dentro de otros espacios (Invernizzi y Gociol, 2003). Es decir, el marxismo no-puro tenía la capacidad de infiltrarse. A su vez, la “subversión” era otra categoría que tenía una capacidad de infiltración similar a la del marxismo. Esta categoría, considerada como un enemigo ideológico y cultural, era todavía más amplia y heterogénea que la del marxismo.

Dada la capacidad de ambas de “infiltrarse”, en especial en las mentes de los jóvenes y niños, por considerarse que todavía no habían terminado de formarse y estaban más expuestos a la influencia de dichas ideas; había que definir a ambos enemigos y eliminarlos, no sólo en el terreno físico, sino también en lo ideológico y cultural (Avellaneda, 1986; Invernizzi y Gociol, 2003).

Para poder implementar fue necesario definir qué era el sistema cultural argentino. Luego, debía establecerse cuáles podían ser los efectos de la “cultura enemiga” sobre ciertas áreas de interés específico dentro de este sistema cultural, tales como la familia, la religión, la moral, la sexualidad, entre otros. Los militares consideraron que el sistema cultural debía estar subordinado a la moral y poseer una misión noble (defender los valores “argentinos” y la integridad de la nación) que no debía ser alterada (Invernizzi y Gociol, 2003; Avellaneda, 1986). Por lo tanto, existía la posibilidad de que se haga un uso indebido de la cultura. Lo que no se subordinaba a la moral y a la “misión noble” que debía tener la cultura, era considerado como un uso inadecuado de las herramientas culturales.

De esta manera, se genera una oposición entre categorías: existía una cultura legítima y verdadera, enfrentada a una cultura ilegítima y falsa. La cultura falsa era aquello que se consideraba que atentaba contra las “costumbres nuestras” (es decir, contra las costumbres nacionales). El discurso de censura entonces, se encargó de trazar una frontera entre la cultura verdadera y la cultura falsa, y presentó al estado como un espacio que debía salvaguardar el aspecto moral frente a la infiltración de la cultura falsa, o cultura subversiva (Avellaneda, 1986).

El campo de lo “no moral” abarcaba aquello que atacara la sexualidad, la religión católica, y

la seguridad nacional (Avellaneda, 1986). Había una oposición entre la sexualidad “nuestra” (es decir, aquella que se practicaba en la intimidad y con el objetivo de constituir una familia) y la sexualidad ajena (la prostitución, la promiscuidad, la perversión). Era considerado sexualidad ajena todo aquello que se opusiera a la idea de “familia”, como, por ejemplo, el aborto, el adulterio, el desamor familiar, y todo lo que atente contra el matrimonio (Avellaneda, 1986).

En el campo de la religión, todo lo que atentara contra la iglesia católica y sus valores era considerado como algo no moral (Avellaneda, 1986).

Y, por último, en el campo de la seguridad nacional, es catalogado como no moral todo aquello que se considere que atenta contra el interés de la nación y la seguridad interna de la nación.

En síntesis, se establece una distinción entre lo que se considera “el estilo de vida argentino” y lo que se entiende como opuesto a dicho estilo. Es decir, existió en el discurso de censura una fuerte oposición entre “lo nuestro” y “lo ajeno” (Avellaneda, 1986).

Se creía que esta ideología “ajena” podía infiltrarse a través de la educación y la cultura. En este contexto, los medios de comunicación eran vistos como generadores de un caos conceptual que podía facilitar este proceso de infiltración de la “subversión” (Avellaneda, 1986). Se consideraba que el terrorismo había implantado un plan global, que abarcaba tanto ataques armados como acciones en el campo de la cultura.

En el plano del individuo, los principales corruptores eran el materialismo y el goce de los sentidos propio de la modernidad (caracterizado por, entre otros aspectos, la promiscuidad sexual y el uso de drogas). En el plano de la nación, el principal corruptor era la masificación (Invernizzi y Gociol, 2003). Es importante mencionarlo, porque sin dudas esa visión fue un factor que contribuyó a la clausura total de la esfera pública que intentó implementar la dictadura en sus primeros años, caracterizada por el cierre de todo tipo de espacio que implicara la participación de la sociedad civil en la esfera pública (por ejemplo, partidos políticos, sindicatos, espacios culturales, etc.).

De hecho, las prohibiciones, las censuras, los encarcelamientos, detenciones y desapariciones que sufrieron intelectuales, artistas, periodistas y docentes; fueron las consecuencias de la implementación práctica del discurso de censura cultural (Avellaneda, 1986).

Sin embargo, previo a la implementación práctica en medidas concretas y organismos de control, se construyó un discurso de censura. Es importante tener en cuenta que las prácticas de censura se dan como resultado de un discurso de censura que las antecede, y que se constituye previamente a lo largo de varias etapas anteriores al golpe de estado de 1976 (Avellaneda, 1986). No aparece en una fecha precisa, sino que se trata de un surgimiento

gradual y paulatino. Según Avellaneda (1986), se podría tomar el año 1960 como punto de inicio de la constitución de este discurso. Existió una primera fase (1960-1973), que el autor llama etapa de formación y acumulación, y una segunda fase (1974-1983) que es la etapa de sistematización del discurso de censura (Avellaneda, 1986).

De todas maneras, aunque se tome 1960 como el año de inicio, ya en los últimos años de la década del '50 se puede observar la presencia de algunos de los elementos fundamentales de este discurso. Por ejemplo, en 1958 se promulga un decreto que califica las publicaciones impresas en varias categorías. Se prohíbe el material considerado como “inmoral y obsceno” y además, existía una categoría “intermedia”: la exhibición limitada (Avellaneda, 1986).

La conformación de este tipo de discurso y de medidas fue posible hacia fines de los '50 y principios de los '60, porque en la década anterior (es decir, durante 1940) se había producido una crisis de consenso en Argentina y América Latina por la quiebra del sistema político oligárquico, y la aparición de nuevos grupos sociales que habían surgido gracias a los procesos de industrialización. Frente a esto, hubo sectores que pretendieron proteger el statu quo, lo que generó censura intelectual y política (Avellaneda, 1986). Por lo tanto, tras los cambios acontecidos en la década del '40, existía un terreno fértil para el surgimiento de un discurso de censura.

En su etapa de sistematización (es decir, durante la década del 70), este discurso buscó siempre remitirse a la legislación anterior. De esa manera, buscaba obtener cierta legitimidad y continuidad histórica, demostrando así una supuesta atemporalidad (Avellaneda, 1986).

Tanto los gobiernos civiles como militares (es decir, primero el tercer gobierno peronista y luego, la dictadura militar) durante esta etapa basaron sus decretos y leyes en medidas de censura tomadas por administraciones anteriores (Avellaneda, 1986; Invernizzi y Gociol, 2003). Además, existía un discurso no-oficial de censura que acompañaba al discurso oficial, y que también contribuía a legitimarlo. Este discurso no oficial estaba constituido por declaraciones de personas que no eran funcionarios, artículos de apoyo en los diarios, solicitudes, etc. La importancia del discurso no oficial de apoyo radica en que, muchas veces, al establecerse medidas represivas y de censura del campo cultural, el régimen militar se justificaba argumentando que no hacían más que cumplir con un consenso previo, que se manifestaba a través de todas las formas en las que se encarnaba este discurso no oficial (Avellaneda, 1986).

La efectivización del discurso de censura, se logra a través de la centralización y creación de organismos de control y censura, como el ya mencionado COMFER o la Secretaría de Información Pública. Con respecto a los organismos encargados de la censura, se realizó en

1977 el Informe Especial No. 10.

El objetivo central de este informe, era darle estructura a un sistema que anulara el accionar subversivo en los medios de comunicación social, y al mismo tiempo establecer “la plena vigencia de la propia cultura nacional” (Invernizzi y Gociol, 2003, p. 33). En este informe, se analizaron los propios métodos que la dictadura había implementado en su ya año y medio de gestión para controlar y dirigir los medios de comunicación y el ámbito de lo cultural. La principal conclusión a la que se llegó a través de este informe fue que había una superposición de funciones entre los diferentes organismos y dependencias institucionales encargadas del control de los medios de comunicación y la cultura (Invernizzi y Gociol, 2003).

Por un lado, existía la Dirección General de Publicaciones, dependiente del Ministerio del Interior, organismo del cual también participaban miembros de la SIDE y del Estado Mayor Conjunto. Esta dependencia se encargaba de controlar (y prohibir) espectáculos, publicaciones o grabaciones. Existía también la Secretaría de Información Pública, dependiente de la Dirección General de Inteligencia. Se encargaba de realzar los mensajes positivos que aparecían en Radio, TV, Prensa nacional y la prensa internacional. Sin embargo, su función no era sancionar, sino que era meramente informativa. La secretaría tenía a su vez una gran cantidad de dependencias (Invernizzi y Gociol, 2003).

En el terreno de la Radiodifusión y la música, el COMFER se encargaba de controlar los medios de radio y televisión. A su vez, el Ministerio de Educación se encargaba del control de los libros escolares. La Municipalidad de Buenos Aires controlaba las producciones teatrales a través de su Secretaría de Cultura. Con respecto a la SIDE, el informe concluye que no tenía los medios suficientes para ejercer un control sobre los medios de comunicación.

En teoría, la “lucha contra la subversión” debía ser encarada por el Ministerio del Interior y también por el Ministerio de Educación y Cultura, pero, en la práctica, fue encarada exclusivamente por el Ministerio del Interior (Invernizzi y Gociol, 2003).

Con respecto a los medios de comunicación, se concluye que sólo hay dos opciones: crear un organismo nuevo que centralice todas las diferentes tareas, o delegar y concentrar esas funciones en uno de los organismos ya existentes. También en 1977, antes de la elaboración del Informe Especial No. 10, se elaboró el Plan Nacional de Comunicación Social.

Frente a este panorama en el cuál el discurso de censura era implementado en la práctica y se hacía efectivo a través de los diferentes organismos de censura estatales, sólo quedaban dos salidos posibles para quienes integraban el campo intelectual-cultural (artistas, periodistas, escritores, pensadores, etc.): el exilio, o la autocensura (Invernizzi y Gociol, 2003).

Sin embargo, había espacios que escapaban a la censura, fundamentalmente dentro de lo

underground, es decir, en los márgenes (Masiello, 1987). El régimen militar intentó eliminar toda oposición, buscando generar un discurso unificado. La disidencia era considerada como una enfermedad que debía ser extirpada y eliminada del cuerpo social (Masiello, 1987). La desaparición era vista como una prueba de la culpabilidad de la víctima por haber caído en la sedición. Se busca la supresión del otro, creando a través del estado un “nosotros” que buscaba sumir a los individuos en un estado de pasividad (Masiello, 1987).

La internalización de los modos del terror utilizados por los militares, generaron autocensura: se decidió ignorar intencionalmente los abusos políticos y de poder. La esfera pública había sido vaciada de su polifonía de voces (Masiello, 1987). Se produjo un repliegue de lo público y colectivo, hacia lo individual y hacia la esfera doméstica. Los individuos fueron expulsados de la esfera pública. Los intelectuales fueron atacados, porque se veía a los pensadores como potenciales subversivos (Masiello, 1987).

A pesar de este contexto que buscó reprimir el desarrollo cultural, hubo voces opositoras y diversas manifestaciones de resistencia cultural. Se cultivó el espacio de la marginalidad, y el *underground* apareció como una opción para romper con la oposición binaria entre dominados/opositores y los dominadores (Masiello, 1987). Utilizando formas metafóricas y la marginalidad, surgieron espacios en los que se podía apreciar un contradiscurso. Aunque a veces, estos espacios disidentes luego se incorporaban a la cultura de masas. Un ejemplo es la música rock: en un principio fue vista como un espacio de resistencia, lo que la condujo a una represión parcial. Pero luego, después de la Guerra de Malvinas, al prohibirse la música en inglés, el rock fue parcialmente aceptado y cobró notoriedad. Se desplaza de los márgenes hacia el centro. Se produjo una espontánea inserción de una voz alternativa al discurso nacionalista, lo cual funciona como prueba de que el estado no ejercía un control absoluto sobre la cultura (Masiello, 1987).

Por último, es necesario mencionar los efectos particulares que tuvo este panorama general de censura y búsqueda de la eliminación de la disidencia y el enemigo, dentro de los ámbitos específicos de la prensa periódica y el campo intelectual.

El campo intelectual, uno de los componentes centrales del campo cultural, sufrió una doble fractura a partir del golpe de estado: por un lado, se perdieron las conexiones entre los círculos intelectuales y los sectores populares, y por el otro lado, se atomizó y fracturó el campo intelectual al generarse una oposición entre quienes se quedaron en el país y quienes partieron hacia el exilio (Sarlo, 2014). El acercamiento a los sectores populares se había dado fundamentalmente por el clima de los '60 y primeros años de los '70, caracterizado por el surgimiento de la Nueva Izquierda, sucesos internacionales como el Mayo Francés de 1968, la

Revolución cultural en China, el impacto de la Revolución Cubana, y por último, las nuevas lecturas del peronismo desde la izquierda, visto como una herramienta que podía servir para una revolución nacionalista que generara una transición hacia el socialismo (Sarlo, 2014). Para los intelectuales, pese a las diferencias que los separaban, la consigna era una: ir hacia el pueblo (Sarlo, 2014). Sin embargo, tras el golpe de estado de 1976, se perdieron estos vínculos de los intelectuales con el pueblo. Esa fue, precisamente, una primera fractura. Después, se produjo una segunda fractura, entre los intelectuales que optaron por el exilio y quienes optaron por permanecer en la Argentina (Sarlo, 2014).

Limitándonos concretamente al espacio de la prensa periódica como objeto de las prácticas de censura, debe mencionarse que a partir del golpe de estado la prensa se vio sumida al silencio (Ulanovsky, 1997). En especial, por el Comunicado no. 19 de la Junta Militar que establecía penas de hasta 10 años de prisión para quién difundiera cualquier tipo de información que perjudicara y/o desprestigiara a las Fuerzas Armadas, y también a las fuerzas policiales y de seguridad en general (Blaustein y Zubieta, 1998). Además, inmediatamente después del golpe, los responsables de publicaciones escritas tenían que acercar cada página de sus publicaciones a la Casa Rosada para que fueran revisadas por parte del personal de inteligencia, y por oficiales de la Marina.

En este contexto, se hacía casi imposible hablar de cuestiones como la desaparición de personas y torturas en centros clandestinos de detención. De hecho, esos fueron algunos de los “temas tabúes” que casi ningún medio de comunicación se animó a cubrir (Ulanovsky, 1997; Gregorich, 2014). Y a veces, ni siquiera era necesario un recordatorio de los censores para evitar que los medios trataran el tema de las desapariciones de personas. Casi todos los aspectos relacionados con lo político, eran considerados temas que no se podían tratar. En el terreno de la economía, en cambio, eran más tolerables las opiniones que no coincidían del todo con la visión oficial del régimen militar (Ulanovsky, 1997). La gran mayoría de los medios de comunicación, se limitaron a transmitir los comunicados oficiales sin hacer ningún tipo de comentario ni observación al respecto. Por esta razón, Terragno afirmó que los medios “habían entrado en cadena” (Ulanovsky, 1997, p. 250).

Este hecho, junto con la existencia del Servicio Gratuito de Lectura Previa dentro de la Casa Rosada, profundizó aún más el silencio y la autocensura en la cual se vio sumida la prensa. Esta secretaría establecía que sólo se podían difundir valores cristianos, en defensa de la familia y el honor, y que había que combatir el vicio (Ulanovsky, 1997).

En este contexto, muchas publicaciones fueron intervenidas o sacadas de circulación. Uno de

los casos más célebres fue el de La Opinión: la publicación fue intervenida, y su director, Jacobo Timerman, fue secuestrado y torturado. Publicaciones periódicas como Crisis o Mayoría fueron retiradas de circulación (Blaustein y Zubieta, 1998). Además, muchos periodistas desaparecieron, fueron detenidos y torturados, o asesinados.

Sin embargo, la gran mayoría de los periodistas desaparecidos, no desaparecían por publicar verdades e información que perjudicara al régimen militar, sino más bien por su filiación política (por ser militantes partidarios), o por estar ligados a sindicatos, organismos de derechos humanos y otras organizaciones similares de gran influencia política (Blaustein y Zubieta, 1998).

En este punto, es necesario mencionar algunos casos de periodistas desaparecidos que sirven para ilustrar este fenómeno. Por ejemplo, la desaparición de Héctor Ferreirós, un ex sacerdote tercermundista que había dejado los hábitos para casarse y posteriormente se había dedicado al periodismo (Ulanovsky, 1997). Otro ejemplo fue la desaparición de Enrique Raab, quien había militado en el Partido Revolucionario de los Trabajadores (Ulanovsky, 1997). Un último caso a modo de ilustración, es la desaparición de Edgardo Sajón, quien al igual que Timerman y Raab, trabajaba en el diario La Opinión. En el caso de Sajón, se sospecha que su desaparición se produjo por su relación con el general Lanusse (Ulanovsky, 1997). Estos hechos, junto con el secuestro de Timerman y la intervención en La Opinión, ocurrieron todos en el año 1977, año que se encuentra dentro del período de apogeo de la lucha contra la subversión.

Cada publicación tomó diferentes actitudes frente al golpe de estado y el discurso de censura que se impuso con la llegada del régimen militar. Hubo quienes estuvieron totalmente alineados con la ideología y objetivos del Proceso, como las publicaciones de Editorial Atlántida (Gente y Para Ti eran las más célebres) o el diario bahiense La Nueva Provincia (Blaustein y Zubieta, 1998; Gregorich, 2014). Hubo diarios que parecieron sentirse cómodos con el contexto de la dictadura militar, como es el caso de La Nación, uno de los diarios con mayor cantidad de años de existencia en la Argentina, y que tenía un público específico y selecto compuesto por profesionales y sectores de las clases dominantes. El diario implementó un estilo austero, en el que abundaban los verbos y las expresiones impersonales (Blaustein y Zubieta, 1998). Clarín, por su parte, se volvió un diario opaco y con poco contenido, que fundamentalmente reproducía los comunicados oficiales. Postura similar a la que tuvo el diario La Razón, que también se dedicaba a la simple reproducción de los comunicados oficiales (Blaustein y Zubieta, 1998). Es necesario reiterar el rol especial que tuvo esta publicación, que se encargó de llevar una cuenta regresiva desde el 2 de marzo de 1976 hasta los días anteriores al Golpe (Blaustein y

Zubieta, 1998)

Crónica por su parte, mantuvo una postura de tinte nacionalista y algo populista: tanto en el Mundial de 1978 como en la Guerra de Malvinas utilizó expresiones que buscaban disminuir a los países europeos asociados al imperialismo, tal como “El que no salta es un holandés” o denominar “piratas” a los ingleses que se enfrentaban a Argentina en Malvinas (Blaustein y Zubieta, 1998). Sin embargo, asumió una leve postura resistente al informar sobre conflictos gremiales, publicar críticas de obispos al régimen militar, criticar las medidas económicas del Proceso, y publicar el primer documento oficial del Partido Justicialista durante la dictadura (Blaustein y Zubieta, 1998).

Con respecto a la situación de los detenidos-desaparecidos, sólo el Buenos Aires Herald cubrió el asunto, junto con La Prensa, que pese a ser un diario conservador y de derecha, a veces trataba el tema en sus columnas (Gregorich, 2014). Clarín recién se refirió al asunto entre 1978 y 1979, apoyándose en terceros (por ejemplo, en el Herald). La Nación prácticamente ignoró el terrorismo de estado, y cubrió las inspecciones de la CIDH de manera indirecta y lejana. Sin embargo, el Herald apoyaba la política económica liberal que buscaba implementar el gobierno militar.

Por lo tanto, como conclusión, debe mencionarse que ningún medio gráfico emprendió una crítica abierta y una condena total hacia el régimen militar como un todo. Era inadmisibles una crítica de ese tipo (Blaustein y Zubieta, 1998; Gregorich, 2014). Los medios no tenían en cuenta que el aspecto económico, el terrorismo de estado y la centralidad que cobraba la “lucha contra la subversión”, eran todos aspectos diferentes de un mismo proyecto global: el de reformar y reordenar la sociedad argentina. Por razones de supervivencia, era imposible para la prensa realizar una condena total. Por lo tanto, se limitaron a una crítica parcial y sutil, por lo cual, era usual que sólo se publicaran un par de líneas que indirectamente podían ser leídas como una crítica (Gregorich, 2014).

Aunque a partir de 1979 los medios comenzaron a descomprimirse y la censura fue más suave, el espíritu crítico se limitó a ciertas áreas específicas como la economía. Los temas tabúes siguieron existiendo (las desapariciones eran uno de ellos) y las condenas totales al régimen militar seguían sin verse en ninguna publicación periódica.

En síntesis y a modo de cierre, tanto el ámbito de la cultura, como también la prensa periódica y el campo intelectual; fueron afectados por la implementación efectiva de un discurso de censura que se había originado con anterioridad al golpe militar. Este discurso de censura articuló la represión a la cultura con la represión y el enfrentamiento a la “subversión”, estableciendo la importancia de sostener una estrategia en el plano de la cultura para acompañar

las herramientas de lucha contra el “enemigo subversivo”: a la desaparición física del cuerpo del enemigo, debía acompañar una desaparición en el terreno cultural.

Frente a este panorama, las opciones para quienes integraban las áreas de la cultura, la prensa y los círculos intelectuales fueron el exilio, o la autocensura. Esto provocó, especialmente en el campo intelectual una doble fractura. Sin embargo, surgió un espacio *underground* en los márgenes del sistema institucional desde el cuál era posible una actitud más crítica hacia el régimen militar.

Los medios de comunicación se vieron profundamente afectados por este panorama, y si bien cada uno adoptó una estrategia diferente para adaptarse y sobrevivir a las nuevas condiciones de censura, ninguno pudo (o quiso) realizar una condena total, sistemática y global de la dictadura militar y el terrorismo de estado. Los medios se limitaron a realizar críticas puntuales, indirectas, disimuladas y entre líneas.

Pese a que a partir del '79 hubo una cierta flexibilización de la censura y a que sería incorrecto afirmar que la censura haya sido total y aplicada de manera totalmente eficiente, hay que recordar que esta permaneció durante toda la dictadura militar: desde su inicio hasta su fin. Por lo tanto, la actitud que tomaron los medios de comunicación y la prensa periódica durante la Guerra de Malvinas se inscribe dentro de este panorama más amplio de censura al campo cultural, intelectual, y periodístico; relacionado a los objetivos mesiánicos de reorganizar la sociedad argentina y de eliminar la “subversión”.

Yendo hacia una visión aún más amplia, el intento del régimen de clausurar estas esferas de la vida pública, forma parte del objetivo de clausurar el espacio y la esfera pública en líneas generales, produciendo un repliegue hacia la vida privada, individual y hacia la domesticidad.

Relacionando este contexto de censura con la Guerra de Malvinas, se podría considerar que en un contexto de pérdida de legitimidad y apoyos por parte de la sociedad civil, unas Fuerzas Armadas con poca cohesión pero que se habían encomendado a sí mismas objetivos mesiánicos y regeneracionistas; recurrieron a un conflicto armado anclado en una causa profundamente arraigada en diversos sectores de la sociedad civil, lo que generó consenso a través de factores como el nacionalismo territorial y el antiimperialismo. Dentro de este contexto, los medios de comunicación expresaron este consenso presente en la sociedad. Sin embargo, el consenso no se explica únicamente por la causa Malvinas en sí misma, sino que también está claro que la censura implementada por la dictadura militar al campo cultural-intelectual y a los medios de comunicación, afectó profundamente la manera en la que la prensa periódica se comportó a lo largo de toda la dictadura. Naturalmente, estas prácticas de censura van a tener una gran

influencia en la manera de la prensa periódica de actuar frente al conflicto bélico.

Por lo tanto, es muy necesario tener en cuenta la censura como elemento determinante de la conducta de la prensa periódica nacional a lo largo del conflicto bélico en Malvinas. El siguiente capítulo, analizará con ejemplos concretos cómo afectaron la censura y los factores de consenso (nacionalismo y antiimperialismo) a la posición de la prensa frente a la Guerra de Malvinas.

Capítulo 2: La prensa nacional durante la Guerra de Malvinas

La Guerra de Malvinas produjo en los medios de comunicación (y en la población civil) un fenómeno similar al que había ocurrido con el Mundial en 1978. Se produjo un clima de fiesta y jolgorio (que duró solamente hasta que se produjeron los primeros ataques de la flota inglesa), dentro de una atmósfera de consenso total: al menos en apariencia, se consideraba que la Nación entera (y, por ende, todas las partes que la componían) brindaban apoyo a la causa de la recuperación de las Islas Malvinas. Al igual que durante el Mundial, se produjo un fervor nacionalista entre la población civil. Los medios de comunicación, y en especial la prensa escrita, reflejaron este clima de consenso enfervorizado, en el marco de un descontento social y económico cada vez más fuerte que amenazaba con llevar al régimen militar al borde de una crisis de legitimidad. Además, se había producido una flexibilización de la censura y un cierto renacer relativo de la esfera pública, hasta antes clausurada. En 1981, se habían generado fenómenos como la Multipartidaria (que reunía a los dirigentes de los principales partidos políticos), o Teatro Abierto en el campo de la cultura (Novaro y Palermo, 2003). Todo esto colocaba a la dictadura en una posición de debilitamiento de su legitimidad. Y fue precisamente en ese contexto cuando se decidió apelar a la causa Malvinas, buscando una solución que otorgara el apoyo y el consenso que el régimen militar había perdido.

El presente capítulo analizará cómo se manifestó este consenso en torno a Malvinas en la prensa, a través de ejemplos concretos y en tres momentos específicos de la Guerra. Se tendrá especial atención al efecto de las políticas de censura, así como también a los factores que contribuyeron a generar consenso dentro de la causa Malvinas. Por esta razón, primero se necesitará desarrollar con mayor precisión los aspectos del nacionalismo territorial y el antiimperialismo, dos factores centrales a la hora de generar consenso. También, se incluirá un breve recorrido que explique cómo se constituyó a lo largo del tiempo la causa Malvinas. Es fundamental recurrir a estos elementos, porque, sin su comprensión, no sería posible entender a fondo la postura de la prensa local frente al conflicto bélico.

Nacionalismo territorialista y antiimperialismo: factores de consenso

Como se ha explicado previamente, el nacionalismo territorialista y el antiimperialismo (surgidos en épocas previas al golpe de estado de 1976) fueron factores centrales para explicar el consenso que produjo la Guerra de Malvinas. Si el proyecto de recuperar las Islas a través del uso de la fuerza pudo ser factible, fue porque la causa Malvinas había sido

construida con varias décadas de anterioridad y estaba profundamente arraigada en muchos sectores de la sociedad argentina, sobre todo a través de la escolarización obligatoria. En este punto, debe definirse con mayor precisión qué se entiende por nacionalismo territorialista y por antiimperialismo.

En primer lugar, para delinear el concepto de nacionalismo territorialista, debe considerarse una definición del nacionalismo en general, tomando las ideas de Gellner (2001) y Hobsbawm (1991).

Para Gellner, el nacionalismo es un “principio político que sostiene que debe haber congruencia entre la unidad nacional y política.” (2001, pág. 67).

El autor considera que el nacionalismo (y las naciones) de ninguna manera son fenómenos preexistentes, sino que son elementos que surgen en un momento particular de la historia, bajo ciertas condiciones determinadas, que se dan en las sociedades industriales durante la modernidad. Así, el surgimiento del nacionalismo sería una consecuencia directa de la industrialización y la modernidad. Según el modelo de Gellner (2001), existen varias fases de la historia de la humanidad, que se corresponden con distintos tipos de organización estatal. En una primera fase preagraria, las pequeñas comunidades de cazadores y recolectores no necesitaban organizarse en un estado. En una segunda fase, la agraria, puede existir un estado y/o organización estatal, pero no es una condición necesaria. En esta fase, las sociedades son rígidas y muy jerárquicas. El acceso a la educación y a la alfabetización está restringido exclusivamente a las clases dominantes, por lo cual, los sectores no-dominantes tienen una cultura muy diferente a la de los sectores superiores (Gellner, 2001). Por lo tanto, no se necesita de un estado que centralice la cultura ni se busca una homogeneización cultural, característica típica del nacionalismo. En esta fase no puede surgir el nacionalismo, porque, al no compartir una misma cultura, los sectores gobernantes que detentan el poder y quienes están excluidos de esa cultura superior, no tienen un sentimiento de pertenencia que reconozca mutuamente que ambos pertenecen a una misma cultura, y por ende, a una misma comunidad nacional (Gellner, 2001).

Es en la tercera fase, la industrial, cuando va a surgir el nacionalismo. La sociedad moderna e industrializada supone un mundo muy móvil y en permanente cambio que requiere una división del trabajo caracterizada por la eficiencia, la racionalidad, el método, y la búsqueda de la mejora constante (innovación tecnológica) con el objetivo de alcanzar un crecimiento y un progreso cada vez mayores (Gellner, 2001). Este tipo de sociedad, requiere una extensión y homogeneización de la cultura superior y de la escritura (antes exclusiva de los sectores dominantes) a todos los miembros que forman parte de ella. Dada su gran movilidad social

(ascendente y descendente), la división del trabajo implica que nadie hará la misma tarea toda su vida ni la adquirirá de manera hereditaria, por lo cual, el individuo tiene que estar capacitado para poder realizar ciertas tareas básicas que le permitan adaptarse a esa movilidad (Gellner, 2001). Dicha adquisición de estas habilidades básicas, se realiza a través de una educación y cultura homogéneas, transmitidas en el marco de un sistema educativo nacional amparado por el estado. Sólo el estado puede garantizar esta extensión de la alfabetización, la educación y la cultura que requiere una sociedad tan móvil como la industrial. Por lo cual, una sociedad industrial requiere sí o sí la constitución de un estado que organice y centralice la cultura, para difundirla y extenderla por toda la sociedad (Gellner, 2001). La cultura homogénea es imprescindible en una sociedad de tipo industrial. El derecho universal a la educación y la extensión de la alfabetización, pasaron a ser ideales a los que aspiraba la sociedad industrial. Por lo tanto, ya no había una diferencia entre la cultura de los sectores dominantes y los inferiores: la imposición de la cultura superior generaba homogeneización cultural. A su vez, al compartir una cultura, esto da a pie a que los diferentes sectores de una sociedad determinada se reconozcan mutuamente como miembros de una misma comunidad. Ahí es dónde surge el nacionalismo: en el reconocimiento mutuo de la pertenencia a una cultura determinada, amparada por un estado que la centraliza (Gellner, 2001). El último paso, es buscar la coincidencia entre los límites de la unidad política-administrativa con las fronteras de esa cultura.

Sin embargo, no toda cultura se transforma en un nacionalismo: esa cultura tiene que buscar imponerse. Es por eso que, hay el número de “nacionalismos potenciales” es mucho mayor que el de los nacionalismos reales en la práctica (Gellner, 2001). En síntesis, la sociedad industrial requiere movilidad y crecimiento constante, lo que a su vez requiere un estado que centralice y homogeneice la cultura, y es esta homogeneización cultural la que causa el surgimiento del nacionalismo. El nacionalismo considera obligatorio que gobernantes y gobernados compartan una misma cultura, y un mismo lenguaje como vehículo de comunicación. Es en la transición a la sociedad industrial dónde se produce también la transición a la era del nacionalismo. Sin embargo, como esta transición implica una imposición cultural a los gobernados, muchas veces puede llegar a ser un proceso doloroso y violento, tanto a nivel interno como externo. Las respuestas a la imposición pueden ser muy variadas: pueden ir desde la asimilación, hasta la expulsión en masa, el separatismo o el exterminio (Gellner, 2001).

Por lo tanto, Gellner rechaza la idea que considera que las naciones son algo preexistente, profundamente arraigado a la psiquis humana, que existe por naturaleza desde el inicio de los

tiempos. Para Gellner (2001), el nacionalismo es una clara consecuencia de la modernidad y la industrialización; y el nacionalismo es una construcción que se da en este contexto particular de la historia humana.

Hobsbawm (1991), basándose en Gellner, también toma estas ideas y considera que de ninguna manera puede verse al nacionalismo como un fenómeno preexistente desde el inicio de los tiempos. Al igual que Gellner, considera que no hay que suscribir a los postulados “míticos” que los mismos nacionalistas hacen del nacionalismo. Para Hobsbawm (1991), la nación también va a ser la coincidencia entre unidad política y nacional, por lo tanto, la nación es un artificio, una invención, y una característica propia de la modernidad. Las naciones no construyen estados y nacionalismos, sino que es el nacionalismo el que antecede a las naciones (Hobsbawm, 1991). El único punto en el que Hobsbawm difiere con Gellner, es en que considera que, en su análisis, Gellner se limita a la perspectiva de la modernización desde arriba, y no tiene en cuenta cómo repercute el nacionalismo (y la propaganda nacionalista) en las personas comunes y corrientes, muchas veces analfabetas. En breve, Gellner carece de una perspectiva desde abajo (Hobsbawm, 1991). Es por eso que Hobsbawm (1991) dedicará una parte de su análisis a estudiar el protonacionalismo popular, una identificación comunitaria de raíces populares que antecede al surgimiento del nacionalismo (y que no es nacionalismo, porque predomina más bien el aspecto religioso o de sector social, y no tanto la idea de “nación”). Aunque le facilita el camino al nacionalismo, no necesariamente el protonacionalismo va a convertirse en nacionalismo. En este sentido, Hobsbawm (1991) llega a la conclusión de que es muy difícil acceder al efecto que la identificación comunitaria (y en especial el nacionalismo) tiene sobre las personas comunes, normalmente analfabetas hasta el siglo XIX.

Aunque durante las revoluciones francesa y estadounidense, se plantea una ecuación en la que nación es igual a estado, y estado igual a pueblo (en lo posible soberano), todavía la idea de nación no está asociada a una lengua, cultura, o algún otro elemento compartido. Esta ecuación vinculaba la nación a un territorio, porque el estado es fundamentalmente una unidad territorial (Hobsbawm, 1991). Sin embargo, no es hasta 1870/1880 cuando se concibe la idea de nación y nacionalismo asociadas a un criterio etnolingüístico. Hasta antes de esa fecha, la nación entendida por la teoría liberal, estaba más bien relacionada con la necesidad de tener una economía nacional (Hobsbawm, 1991). A su vez, si bien se consideraba que sólo las naciones de cierto tamaño eran viables (también llamado “principio del umbral”), esto no era concebido de manera chauvinista. No se consideraba que las naciones pequeñas eran inferiores, sino que tenían ventajas (en términos económicos y de administración política) de

unirse a unidades administrativas de mayor tamaño (Hobsbawm, 1991). Por eso, el nacionalismo era por naturaleza unificador y expansivo. En la fase que va de 1870 a 1918, en cambio, ya sí se puede encontrar un predominio de criterios como la lengua oficial y estandarizada, o el origen étnico, trayendo incluso consecuencias negativas al respecto como el racismo y la xenofobia (Hobsbawm, 1991). A diferencia del nacionalismo liberal, durante esta etapa se abandona el “principio del umbral”: cualquier conjunto de personas que se considerara una nación (basándose en principios etnolingüísticos), tenía derecho a la autodeterminación (Hobsbawm, 1991). El criterio étnico se vio fortalecido por las grandes migraciones masivas de la época, sumado a las pseudoteorías del componente genético (o “de raza”) de la nacionalidad. La democratización de la política requirió que el estado pueda movilizar a sus ciudadanos y hacerlos participar políticamente. Por lo tanto, la democratización (ampliación del sufragio y derechos políticos) fomentó el nacionalismo (Hobsbawm, 1991).

Entre 1918 y 1950 se da la fase que Hobsbawm (1991) considera como el apogeo del nacionalismo. Producto de la Gran Depresión, hay un retorno a la economía proteccionista y autárquica. Se intentó imponer en la práctica la autodeterminación wilsoniana, que establecía que los estados territoriales debían formarse respetando los criterios étnicos y lingüísticos de cada nación, buscando la homogeneidad. El mapa de Europa luego de la Primera Guerra Mundial, se trazó de esta manera. Sin embargo, en la práctica este principio no dio buen resultado: los nuevos estados eran tan multinacionales como los anteriores (Hobsbawm, 1991). La consecuencia lógica de este intento fueron las expulsiones en masa, los genocidios y otro tipo de políticas violentas para lograr la homogeneidad y resolver el problema que planteaban las minorías. Fue en esta fase cuando, además, la identificación nacional empezó a difundirse en los medios de comunicación de masas. De esa manera, se lograba incorporar los símbolos nacionales a la vida de todos los individuos. En este sentido, el deporte y la propaganda, ayudaron a romper la división entre lo público y lo privado (Hobsbawm, 1991). Los deportes de competencia entre diferentes países, como los Juegos Olímpicos o Mundiales de Fútbol fueron centrales en este sentido: se convirtieron en un espectáculo de masas. Los equipos nacionales simbolizaban la unidad nacional porque eran una forma concreta en la cual podía plasmarse la comunidad imaginaria de miles de personas que implicaba la nación. Y la competencia entre naciones se transformaba simbólicamente en una lucha entre estados-nación. Por lo tanto, el individuo que alienta a su equipo, pasa a ser un símbolo y/o representar a su nación. Estos eventos funcionaban como válvula de escape de las tensiones de las diferentes naciones (Hobsbawm, 1991).

En esta etapa, el nacionalismo reforzado por la guerra fue utilizado por los fascistas y otros movimientos de derecha. Paralelamente, surge una izquierda antifascista anclada también en el nacionalismo (Hobsbawm, 1991).

Fuera de Europa, en el Tercer Mundo, la liberación nacional terminó siendo sobre todo antiimperialista antes que nacionalista: se caracterizaba por una oposición a los conquistadores y explotadores (Hobsbawm, 1991).

Finalmente, Hobsbawm (1991) concluye que, a fines del siglo XX, el nacionalismo ya no sería una fuerza tan importante como lo fue durante fines del siglo XIX y la primera mitad del XX. Sobre todo, porque la Guerra Fría planteaba un proyecto global basado en un enfrentamiento bipolar entre dos ideologías totalizantes. Por lo tanto, no se trataba de un conflicto en términos nacionales (Hobsbawm, 1991).

Para sintetizar, ambos autores coinciden en que el nacionalismo es un artificio, que busca hacer coincidir la administración política con la nacionalidad. De ninguna manera consideran que es un fenómeno natural y preexistente. Por el contrario, este surge gracias al advenimiento de la modernidad y la sociedad industrializada en Europa.

Tomando las ideas de Hobsbawm (1991) y Gellner (2001) sobre el nacionalismo, debemos aplicarlas al contexto específico que es objeto de estudio de este trabajo: la Argentina de 1982, al embarcarse en la Guerra de Malvinas. No es casualidad que la causa Malvinas se haya configurado como tal a fines del siglo XIX y principios del XX. Es precisamente esta etapa la que en las teorías de Hobsbawm (1991) y Gellner (2001) aparecen como un momento de auge del nacionalismo. Así como en el resto del mundo (y especialmente en Europa), en la Argentina de fines de siglo XIX, un estado se acababa de consolidar hacia la década de 1880 y un nacionalismo con elementos muy heterogéneos se iba configurando de a poco. En palabras de Vicente Palermo (2007):

“La cuestión Malvinas se fue configurando de a poco en la segunda mitad del siglo XIX, y entre 1916 y 1943 se construye con sus rasgos más nítidos, a la par que se establece un discurso nacionalista muy heterogéneo en términos ideológicos, pero que contiene, ya, como elementos comunes, el unanimismo, el decadentismo, el victimismo, el territorialismo, y el regeneracionismo.” (pág. 124)

En la Argentina, el elemento que se eligió como base del nacionalismo fue el suelo, es decir, el territorio nacional (Palermo, 2007). Antes que la lengua, las costumbres, o cualquier otro tipo de factor similar, se consideraba que el suelo era el único elemento inmutable de la nación. En un país que entre fines del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX había recibido una gran cantidad de inmigrantes de orígenes diversos, era difícil que se aplicara el

criterio etnolingüístico que Hobsbawm (1991) describe como típico del nacionalismo wilsoniano, basado en la autodeterminación. A este proceso de centrar el nacionalismo en el aspecto territorial, contribuyeron figuras políticas y corrientes intelectuales muy diferentes entre sí: desde el socialista Alfredo Palacios, hasta la corriente revisionista surgida en la década de 1930, e incluso los militares o conservadores (Palermo, 2007). Palacios, además, fue una de las figuras centrales en la consolidación de Malvinas como causa nacional. El revisionismo de los '30, por su parte, inculcó el antiimperialismo como elemento, al revisar la relación comercial de Argentina con Gran Bretaña, en el marco del rechazo al Pacto Roca Runcimann en 1933 y la caída del modelo agroexportador (Palermo, 2007). A este antiimperialismo inicial y preexistente, se le incorporó más tarde el antiimperialismo practicado por la Nueva Izquierda y los sectores peronistas durante las décadas del '60 y '70. Los rasgos principales del territorialismo eran que este era paranoico, victimista, defensivo, regeneracionista, y sobre todo endodirigido (Palermo, 2007). Al tener estas características, el nacionalismo territorial argentino siempre buscaba encontrar y eliminar al enemigo interno, además de tener una percepción binaria, que dividía en nación y antinación (Palermo, 2007). Estas características se ejemplifican de forma clara en el Plan Andinia, difundido en 1971, en el que se consideró que existía un complot para adueñarse de parte de la Patagonia y transformarla en un nuevo estado israelí (Palermo, 2007). Pese a que sería erróneo considerar que todos los sectores que se identificaban como nacionalistas en Argentina suscribían a estas ideas, era evidente que esta teoría conspirativa era relevante: según relata Jacobo Timerman, al ser detenido por los militares, se le pidió que precisara detalles del Plan Andinia¹. Otro rasgo que debe ser mencionado es la incompletitud que caracteriza al nacionalismo territorial argentino: se tiene la falsa noción de un territorio original imaginado que consiste en los límites del Virreinato del Río de la Plata, al momento de iniciar la Revolución de Mayo en 1810. Así, países como Uruguay, Chile o Paraguay son considerados una “pérdida territorial” de la Argentina (Palermo, 2007). Está claro que, siguiendo los lineamientos de Gellner (2001) y Hobsbawm (1991), que establecen que el nacionalismo no es más que una invención y una identidad construida, el nacionalismo argentino se había construido anclándose en el aspecto territorial.

Por eso, al iniciarse el Proceso, el componente territorial del nacionalismo argentino estaba muy consolidado. Las Fuerzas Armadas formaban parte de los sectores que se consideraban

¹ Timerman realizó un testimonio relatando los detalles de su detención frente a la Conadep. Versión online: <http://www.desaparecidos.org/nuncamas/web/testimon/timerman.htm> (Fecha de consulta: 25/6/2017)

nacionalistas. En particular, pertenecían al nacionalismo autoritario antidemocrático (Devoto, 2002). Por lo tanto, es lógico que se vieran atravesados por la influencia del territorialismo. De hecho, los conflictos territoriales van a ser centrales durante la dictadura: primero, con el conflicto del Beagle en 1978 y luego, con Malvinas en 1982. La causa Malvinas, forma también parte de los componentes del nacionalismo argentino en general, y del nacionalismo territorial en particular. Sobre todo, porque existe la idea de que las islas pertenecientes a “nuestro suelo/nuestro territorio” (y, por ende, también “nuestra nación”) fueron usurpados por un enemigo externo más poderoso.

Retomando la línea de argumentación de Gellner (2001), al instaurarse a principios del siglo XX la *educación patriótica* en Argentina, que tenía el objetivo de homogeneizar culturalmente a una población muy heterogénea en términos culturales y lingüísticos, comenzó a difundirse el nacionalismo a través de la educación. Luego, una vez consolidada la causa Malvinas, esta se incorporó a los principales contenidos relacionados al nacionalismo que eran difundidos en las aulas. Ciertos elementos que persistieron de la educación patriótica/nacionalista establecida a fines del siglo XIX, contribuyeron a arraigar el reclamo territorial de Malvinas en muchas generaciones de argentinos escolarizados, a quienes se les enseñaba que las islas Malvinas formaban parte del territorio argentino (Lorenz, 2006). Hay que recordar que, según Gellner (2001), un sistema educativo de alcance nacional y en manos del estado, es el encargado principal de generar la homogeneización e imposición cultural que requiere el nacionalismo para existir, en el marco de una sociedad moderna e industrializada.

Retomando las ideas de Hobsbawm (1991), teniendo en cuenta que el nacionalismo no es un elemento preexistente sino una invención, podríamos afirmar que, en la construcción del nacionalismo argentino, la cuestión Malvinas terminó ocupando un lugar importante. Es durante la fase del apogeo del nacionalismo (1918-1950), que la cuestión Malvinas se incorpora al nacionalismo territorial argentino (Hobsbawm, 1991). Además, los militares no dudaron en utilizar los recursos que otorgaban las sociedades de masas con fines propagandísticos y simbólicos, tal como fue el caso del Mundial de fútbol de 1978. Organizado por los militares, el Mundial funciona como perfecto ejemplo de lo que Hobsbawm (1991) señala con respecto a los grandes eventos deportivos. Fue utilizado como factor de distracción y entretenimiento, en un contexto dónde la población civil había sufrido la clausura de la esfera pública, los años más intensos con respecto a las desapariciones y detenciones ilegales, y también, en un contexto de críticas internacionales crecientes con respecto a los derechos humanos. Se apeló al nacionalismo plasmado en el deporte, como

elemento unificador y simbólico de la unidad nacional, fundiéndose lo privado con lo público.

Por lo tanto, al llegar a 1982, estaba claro que el nacionalismo territorial ya había postulado a la cuestión Malvinas como su principal causa; y que, al mismo tiempo, los militares no dudarían de hacer uso del aspecto propagandístico del nacionalismo, tal como ya habían hecho en 1978 con el Mundial. Por eso, resulta comprensible que apelar a la causa Malvinas, atravesada por factores generadores de consenso como el nacionalismo territorial y el antiimperialismo, causaría un apoyo sin precedentes de muchos actores sociales, incluyendo a los medios de comunicación y la prensa.

La censura durante la Guerra de Malvinas:

Muchas de las prácticas de censura hacia la prensa y hacia el ámbito de la cultura que han sido explicadas en el capítulo anterior, continuaron implementándose durante el conflicto bélico de Malvinas. Por eso, además de tener en cuenta el nacionalismo territorial y el antiimperialismo, debe tenerse en cuenta la implementación de la censura por parte de la dictadura militar.

El régimen militar implementó diversas estrategias para manipular la información que se transmitía sobre el conflicto. Los militares establecieron que los medios no podían cuestionar la información oficial. Se prohibió informar sobre las bajas y difundir visiones “pesimistas” que consideraran la posibilidad de una derrota argentina (Ulanovsky, 1997). Se hizo uso de la censura previa, sobre todo a través de la sugerencia en torno a la utilización de lemas como “Estamos ganando”, “No hubo bajas” o “Esta es la guerra de todos” (Ulanovsky, 1997).

Quiénes no cumplían con la censura previa, eran detenidos por un breve período de tiempo. Además, impidieron que los periodistas llegaran al lugar del conflicto: sólo tres de ellos pudieron viajar a Malvinas. Por último, se falsificaron muchas de las fotos que supuestamente pertenecían al conflicto del Atlántico Sur. A veces se utilizaban imágenes que pertenecían a otras guerras (como, por ejemplo, a la Segunda Guerra Mundial) o se hacían puestas en escena. Un ejemplo a destacar es una foto en la que cinco soldados argentinos están colocando una bandera argentina en tierra firme supuestamente de las Islas Malvinas, pero que, en realidad, fue una producción fotográfica realizada en la ESMA (Ulanovsky, 1997). Se apuntaba a que los medios de comunicación trataran el conflicto con un aire triunfalista. La manipulación e intercepción de la información fue total durante el conflicto de Malvinas. Esto se vio plasmado en un documento oficial, distribuido a las agencias de noticias y a todos los medios de comunicación, que establecía cómo debía ser tratada la información referida a

la guerra (Blaustein y Zubieta, 1998). En el ámbito de la seguridad nacional, se establecía que debía evitarse difundir información que produzca el pánico, que atentara contra la unidad nacional, que reste credibilidad o contradiga la información oficial y, por último, que pueda generar disturbios sociales que alteren el orden interno. Por lo tanto, distribuir cierto tipo de información sobre la guerra implicaba, según el régimen militar, una amenaza a la seguridad interna (Blaustein y Zubieta, 1998). También se prohibía la difusión de la información que “proviniedo del exterior, exalte el poderío bélico británico y/o minimice el propio” o que “sin previa autorización del Estado Mayor Conjunto, haga referencia a unidades militares, equipos y/o personal militar.” (Blaustein y Zubieta, 1998, pág. 470)

Todo material escrito, gráfico, oral, televisivo y fílmico estaba afectado por las pautas fijadas en este comunicado. El comunicado finaliza estableciendo que todo aquél que tenga dudas o consultas sobre qué tipo de información es o no publicable, podía dirigirse al Departamento de Prensa del Estado Mayor Conjunto (Blaustein y Zubieta, 1998). Este último aspecto no es más que una manera sutil de establecer la censura previa: tenía funciones similares a las del Servicio Gratuito de Lectura Previa dentro de la Casa Rosada².

Es importante volver a mencionar que los argentinos accedían a la guerra (y a cómo esta se desarrollaba) a través de la prensa y los medios de comunicación en general y que, en algunos casos, casi no existía una diferencia entre las actitudes de los medios de comunicación y la propaganda oficial del régimen (Lorenz, 2006).

Los medios de comunicación construían una imagen que consideraba a los jóvenes argentinos como representantes de la nación argentina, caracterizada como una nación joven, enfrentándose al imperialismo anacrónico de una potencia envejecida y en decadencia (Lorenz, 2006). Se enfatizaba el carácter heroico de los argentinos que luchaban pese a la desigualdad tecnológica con respecto a Gran Bretaña (Lorenz, 2006).

Sin embargo, aunque es necesario tener en cuenta estas representaciones de los soldados argentinos que ya hemos mencionado, no se analizará aquí cómo representó la prensa nacional a los jóvenes que lucharon en Malvinas. Se analizará sobre todo cómo fue tratada la cobertura de la guerra en sí misma. De todas maneras, vale la pena señalar estos aspectos, ya que muchos de ellos se hacen extensibles a la guerra en general. Por ejemplo, el hecho de que se destaque el heroísmo argentino por enfrentarse a lo que se consideraba una potencia imperial, será un motivo frecuente en la prensa durante la guerra.

² El Servicio Gratuito de Lectura Previa invitaba a los medios de comunicación a acercar sus publicaciones antes de ser publicadas, con el fin de realizar “sugerencias” y correcciones antes de ser difundidas.

Para plasmar estos lineamientos generales en ejemplos concretos, se tomará una selección de publicaciones periódicas nacionales en tres momentos específicos de la Guerra: sus inicios, el hundimiento del crucero General Belgrano, y el final de la guerra.

Análisis de casos concretos I: inicio de la Guerra

El 2 de abril de 1982, día en el que se produjo el desembarco argentino en las Islas, se toma como fecha de inicio de la Guerra de Malvinas. Es importante destacar las portadas y títulos de los principales diarios argentinos.

En prácticamente todos los periódicos, la noticia del desembarco argentino fue el artículo de tapa. En el diario La Razón, se eligió “En las Malvinas hay gobierno argentino” (1982) como título de tapa. La volanta que acompañaba al título era “Hoy es un día glorioso para la patria. Tras un cautiverio de un siglo y medio, una hermana se incorpora al territorio nacional”. Si se presta atención al campo semántico utilizado en este título, palabras como “patria”, “gobierno argentino” o “territorio nacional” son una clara evidencia de las huellas del nacionalismo territorialista que impregnaba a la cuestión Malvinas. A su vez, la expresión “día glorioso” le da un tono épico al desembarco en las islas. El concepto de “hermana que se incorpora tras un largo cautiverio” también brinda un *ethos* épico y heroico (“En las Malvinas hay gobierno argentino”, 1982). A su vez, hace referencia al motivo literario de la mujer cautiva, uno de los más importantes en la literatura argentina, y con una tradición que se remite a la primera mitad del siglo XIX. Si en el siglo XIX las mujeres cautivas debían ser rescatadas del indio, en el siglo XX había que rescatar a esa “mujer cautiva” que eran las Malvinas de los ingleses. En ambos casos, tanto la figura del indio como la de los ingleses son figuras de un “otro” amenazante y enemigo, dónde la otredad implica un gran peligro.

Crónica, por su parte, tituló “ARGENTINAZO: ¡Las Malvinas recuperadas!” (1982), acompañado de una franja celeste y blanca que representa a la bandera argentina. La bajada enunciaba “Acción conjunta de nuestras fuerzas armadas; marchan aviones y barcos en gran operativo; el tiempo conspira”. En este título también se puede percibir el fuerte componente nacionalista, tanto en los colores celeste y blanco como en la expresión “Argentinazo”. Los signos de exclamación aportan una alegría eufórica al título, y a su vez, para reforzar el factor nacionalista y la unidad nacional, se habla de “nuestras” fuerzas armadas. Era frecuente que los artículos periodísticos y noticias durante la Guerra de Malvinas utilizaran verbos en primera persona del plural (“nosotros”), para así reforzar la idea de cohesión interna, de

consenso absoluto (Ulanovsky, 1997) y de que se trataba de un suceso que involucraba a la sociedad argentina en su totalidad (también a la población civil).

En Crónica se hizo muy presente no sólo el nacionalismo territorial, sino también el antiimperialismo que tomaba como blanco a los ingleses por considerarlos una potencia colonial. El día 5 de abril, el diario tituló: “Zarpa la flota inglesa, otra vez a piratear”. Este título fue acompañado por “Otros tres héroes, con su sangre, reivindican las Malvinas” como volanta y “Con aparatosa publicidad los ingleses mandan galeones de guerra en contradicción con su pedido a la ONU; Se ve la pata pirata: chillan por el petróleo. Argentina espera decidida y espera en la OEA” (“Zarpa la flota inglesa...”, 1982). El término “pirata” es frecuentemente utilizado de manera coloquial para referirse de manera peyorativa a lo anglosajón. Está muy relacionado con el imperialismo, porque el pirata es visto (en el imaginario popular) como un usurpador que toma recursos que no le corresponden de territorios indefensos, para entregarlos a la corona británica. En la Argentina la expresión “pirata” para referirse a todo lo que remita a Inglaterra, es sinónimo de imperialismo. Además, el concepto de los ingleses como “piratas” ya había sido utilizado en los mundiales de fútbol, como resultado de la rivalidad deportiva característica entre Argentina y el Reino Unido. Aparece también una vez más el heroísmo, al catalogar a los soldados argentinos como “héroes” que dan “su sangre”. La imagen de luchar con “la sangre” eleva a los soldados argentinos a la categoría de mártires o de santos que realizan un sacrificio por una causa mayor (“Zarpa la flota inglesa...”, 1982).

La Nación, en cambio, tituló con un estilo más austero “Desembarco argentino en el archipiélago de las Malvinas” (1982). La Prensa, en una línea similar, eligió como título de portada “Argentina comenzó el operativo de recuperación de las Malvinas” (1982).

Sin embargo, en ambos diarios se publicaron el 2 de abril diversas columnas de opinión sobre las cuáles vale la pena dirigir nuestra atención.

La columna de opinión en La Nación del 2 de abril escrita por Bonifacio del Carril (1982), se tituló “Los ataques ingleses a la Argentina”. En ella, el autor comienza a enumerar los ataques ingleses a la Argentina, comenzando por las Invasiones Inglesas de 1806 y 1807 (Del Carril, 1982). Es decir, se remonta hacia los primeros años del siglo XIX, cuando Argentina todavía no había declarado su independencia, para así inscribir el conflicto de Malvinas dentro de una línea temporal de larga duración. En esta columna, se utiliza a la historia como herramienta para argumentar que la amenaza de Inglaterra hacia el territorio nacional argentino existió incluso desde antes de que Argentina se constituyera como país. Los usos de la historia para inscribir al conflicto de 1982 dentro de una extensa sucesión histórica, fueron

muy frecuentes a lo largo de los varios meses que duró la guerra. Se trata de un motivo que permanece durante todo el conflicto.

Volviendo a la columna (Del Carril, 1982), en base al argumento histórico, el autor concluye que las acciones de Inglaterra en Malvinas son parte de un largo “régimen colonial que debe llegar a su fin” (Del Carril, 1982, pág. 8, párrafo 14). Otra vez, el antiimperialismo aparece en el centro de la escena. Y sobre todo, la idea de que la génesis de este fenómeno se encontraba anclada en una larga trayectoria temporal, lo cual revestía a la cuestión Malvinas de una gravedad adicional. No se trataba sólo de una usurpación, sino de una usurpación prolongada y sistematizada por más de un siglo.

En otra columna de opinión, también publicada en La Nación pero al día siguiente (3 de abril), se utiliza otra vez a la historia como argumento para legitimar la pertenencia de las Islas a la Argentina (Destéfani, 1982). Además, en esta columna, el antiimperialismo aparece fundido con la larga duración histórica: “Inglaterra (...) desde 1766 había fundado Puerto Egmont, siguiendo su política imperialista que la llevaría a reina de los mares y la constitución de su poderoso imperio.” (Destéfani, 1982, párrafo 5).

Es decir, se planteaba que el imperialismo británico era un proceso que venía desarrollándose a lo largo de varios siglos y que, precisamente por esa razón, Argentina estaba en todo su derecho a enfrentarse al imperialismo británico que la había perjudicado durante un muy largo período de tiempo.

Luego, otro artículo de opinión del 2 de Abril, escrito por José Campobassi (1982), plantea que el Atlántico Sudoccidental es (según el título del artículo) “uno de los más ricos e importantes del mundo” (Campobassi, 1982). El argumento de las grandes riquezas y recursos que supuestamente poseía el suelo argentino en general y las Islas Malvinas en particular, es según Palermo (2007), una de las herramientas más utilizadas por el nacionalismo territorial para justificar la importancia excesiva que se le concede al territorio, y el carácter del suelo como determinante de la nacionalidad. El nacionalismo territorial tiene la tendencia a considerar que el suelo argentino posee una infinidad de recursos.

Retornando al análisis de las columnas de opinión de La Prensa y La Nación al inicio de la guerra, el editorial de La Nación del 2 de abril, titulado “Conflicto en punto crítico” (1982), argumentaba que

“Los argentinos encararon los hechos de estos días con calma pero renovando su profunda convicción de que las islas sudatlánticas son, por inalienable derecho, argentinas; y reavivando su fe en que habrán

de reintegrarse en plenitud al territorio nacional del cual han sido ocupadas. Estos sentimientos, hondamente arraigados, han producido una sólida cohesión en torno de un objetivo relegado durante casi un siglo y medio; cohesión que no tiende a apuntalar a ningún gobernante, partido o corriente de pensamiento, sino que expresa un anhelo nacional unánime y compromete, por lo tanto, la adhesión y el apoyo de todos los sectores del país”. (“Conflicto en punto crítico”, 1982, p. 8, párrafo 6)

Varios aspectos son llamativos de este fragmento. En primer lugar, aparece la idea del “derecho inalienable” que Argentina tiene con respecto a las islas: uno de los componentes centrales de la causa Malvinas es que se trata de una cuestión no negociable. Luego, aparece la idea del territorio nacional y la reincorporación de las islas a este, en línea con los supuestos básicos del nacionalismo territorialista. Hemos señalado que el nacionalismo pretendía hacer coincidir los límites entre las fronteras nacionales y las unidades administrativas-políticas (Hobsbawm, 1991; Gellner 2001). Por lo tanto, si Malvinas era considerado parte del “territorio nacional”, las islas debían incorporarse a la unidad administrativa del estado argentino.

En este fragmento también se señala que esta convicción (es decir, la causa Malvinas) está muy incorporada a la conciencia de la sociedad argentina (se habla de sentimientos “hondamente arraigados”), lo cual provoca una cohesión que abarca a todos los sectores y trasciende las divisiones políticas. Es decir, en este fragmento aparece una relación de causalidad directa entre los factores del nacionalismo territorial, la causa Malvinas, y el consenso como consecuencia de dicho nacionalismo, presentado a veces cómo un apoyo unánime. Malvinas no era cualquier causa, ni cualquier cuestión: era una causa nacional, con todo lo que ello implica. Era una causa inculcada en el sentido común de muchas generaciones de argentinos escolarizados, que podía generar apoyos múltiples dentro de la sociedad.

De hecho, la mayoría de los partidos políticos, asociaciones civiles y sindicales, aunque tuviesen firmes diferencias con la dictadura militar en muchísimos aspectos; manifestaron su adhesión a la recuperación de las islas en manos de las Fuerzas Armadas. El Partido Justicialista, la Unión Cívica Radical, dirigentes sindicales como Saúl Ubaldini o Jorge Triaca, y asociaciones como el Automóvil Club Argentino o la Confederación de Maestros, manifestaron su adhesión al conflicto de Malvinas (Blaustein y Zubieta, 1998). Las declaraciones del político radical Luis León en el diario La Nación del 2 de abril, condensan esta contradicción entre apoyar a las FF.AA. en esta acción en particular, pero al mismo tiempo, considerarse opositor a la dictadura en otros ámbitos: “Soy opositor a este gobierno

en todas las áreas, pero debo agradecer a la Nación la recuperación de las Islas Malvinas” (Blaustein y Zubieta, 1998; p 462).

Este tipo de contradicciones se manifestó incluso en quiénes eran perseguidos por la dictadura por considerarlos sus “enemigos”: incluso los Montoneros manifestaron su apoyo al conflicto Malvinas. Las Madres de Plaza de Mayo tuvieron también una posición ambigua, que quedó manifestada en el cartel que colgaron precisamente en la Plaza de Mayo: "Las Malvinas son argentinas, los desaparecidos también". Es decir, existía una situación contradictoria, que consistía en seguir reclamando por los desaparecidos (y eso significaba una fuerte oposición a la dictadura militar), pero en simultáneo, apoyar la idea de que las Malvinas debían pertenecer al territorio argentino y que, por ende, el régimen militar estaba llevando a cabo una acción admirable.

Volviendo al análisis de artículos de opinión al comenzar la guerra, es interesante también analizar un artículo de opinión publicado en La Prensa el 2 de abril por J. Iglesias Rouco (1982), en el cual el autor considera que el desembarco argentino en Malvinas es

“el principal logro del régimen militar, junto con su triunfo sobre la subversión; con la diferencia de que los métodos empleados y el costo político y moral de la obra no entorpecen, como en el caso de la llamada “guerra sucia”, el espíritu, ni la vida pública, ni la conciencia de los argentinos. Por el contrario, los magnifican.” (Iglesias Rouco, 1982, p. 1, párrafo 2)³

Aquí aparece la relación de Malvinas con la “otra guerra” que había llevado a cabo el gobierno militar: la “guerra sucia”. Y con respecto a la calificación de esta guerra, hay una ambigüedad contradictoria. Por un lado, el autor considera que, junto con Malvinas, fue el principal logro de la dictadura militar, por lo cual se podría afirmar que tiene una visión positiva sobre la “lucha contra la subversión”. Por el otro lado, aparece un matiz de espíritu crítico, que juzga de manera negativa la lucha contra la “subversión”, haciendo alusión al costo político y moral que implicaba, que no hacía más que “entorpecer” la conciencia de los argentinos. Por lo tanto, al mismo tiempo que se lo señala como algo positivo, se criticaban los efectos y consecuencias (los costos) que tuvo la “guerra sucia”.

Al día siguiente del comienzo del conflicto, la mayoría de los periódicos hicieron énfasis en las multitudes que se congregaron y las formas de celebración popular como reacción frente a la noticia de que Argentina había desembarcado en Malvinas. La Nación, que el día anterior

³ Ver Anexo

había publicado un título aséptico y de un estilo relativamente austero y neutral, el 3 de abril tituló: “Alborozo ciudadano por la reconquista de las Malvinas” (1982), acompañado por una foto en la que se ve a una multitud congregada frente a la Casa Rosada. El título cuenta con una bajada extensa, dentro de la cual se destaca la expresión “Ha sido unánime el apoyo nacional a las Fuerzas Armadas” (“Alborozo ciudadano...”, 1982). Otra vez, se destaca el consenso, y el apoyo “unánime” que implicaba una causa nacional como Malvinas.

En una línea similar, Clarín eligió “Euforia popular por la recuperación de las Malvinas” (1982) como su título de tapa para el 3 de abril. Acompañó una foto de Galtieri saludando desde los balcones de la casa de gobierno a una multitud congregada en la Plaza de Mayo. Aquí también aparece en un lugar central el consenso, tanto en el título (al referirse a la “euforia popular”) como en la foto de Galtieri y la multitud (“Euforia popular...”, 1982).

La Prensa tituló “Júbilo por la recuperación argentina de las Islas Malvinas” (1982), acompañado por una bajada en la que se señalaba “Renováronse durante toda la jornada las expresiones de adhesión al operativo de las Fuerzas Armadas (...)”. Además, uno de los artículos de la portada manifestaba en su título que “Desde temprano, las calles mostraron mucha animación”. Es decir, se puso otra vez el acento en el rol de las manifestaciones de adhesión a la cuestión Malvinas por parte de la población civil.

En el artículo de La Prensa “Enfervorizada adhesión popular hubo en el interior del país” (1982), se describen las celebraciones por la recuperación de las Malvinas en ciudades como Mar del Plata, La Plata, Corrientes, San Juan, o Resistencia. Todos los festejos compartían ciertas características básicas:

“En general, la población se congregó espontáneamente en la Plaza principal de cada lugar, donde escuchó alocuciones de los gobernantes y jefes militares (...). Edificios públicos y privados embanderados, vehículos de transporte de pasajeros enarbolando banderas argentinas y caravanas de automóviles haciendo sonar sus bocinas fueron exteriorizaciones comunes.” (“Enfervorizada adhesión...”, 1982, p. 6, párrafo 2)

Es importante este fragmento no sólo porque expresa las formas concretas utilizadas para exteriorizar el consenso (banderas, bocinas, manifestaciones en las plazas y lugares públicos), sino también porque se señala que el consenso abarcaba a todas las ciudades y provincias, es decir, a todo el territorio y, por lo tanto, a todo el país. Además, las manifestaciones en espacios públicos son un elemento a destacar, teniendo en cuenta que se trata de un régimen que hacía pocos años había intentado clausurar la esfera público y emprender un repliegue de la sociedad civil hacia la domesticidad y la esfera privada (Masiello, 1987).

Sin embargo, es necesario aclarar que la adhesión y el consenso, era fundamentalmente hacia la causa de la recuperación de las Malvinas, y no a la dictadura militar en general, que hasta poco antes del conflicto de Malvinas manifestaba una tendencia hacia la pérdida de consenso, apoyo y legitimidad. Esto quedó evidenciado en muchos de los cantos que se entonaban al reunirse las aglomeraciones en los espacios públicos para apoyar la Guerra: “Malvinas sí, Proceso no”, “Aserrín aserrán, que se vaya Alemann”, o “Levadura, levadura, apoyamos las Malvinas pero no la dictadura” (Blaustein y Zubieta, p. 460).

Análisis de casos II: el hundimiento del General Belgrano:

El hundimiento del Crucero General Belgrano, que se encontraba fuera de la zona de guerra, produjo fuertes repercusiones en los diferentes sectores de la sociedad argentina. Fue el episodio de guerra con mayor cantidad de bajas argentinas, y la prensa no quedó exenta de su fuerte impacto.

La mayoría de los diarios, destacaron el rescate de los naufragos, la presencia de sobrevivientes y el hecho de que la nave se encontraba fuera de la zona de bloqueo. Dado que la censura impedía que la prensa difundiera información sobre las bajas, poco se mencionaban las muertes provocadas por el ataque. De esta manera, se disminuía la importancia al ataque inglés. Se observa así un cumplimiento efectivo de la censura que buscaba imponer el régimen militar.

Así, por ejemplo, el día 4 de mayo, Clarín tituló “Rescatan naufragos del crucero hundido” (1982), Crónica tituló “Confirmado: hundieron al crucero General Belgrano. Hay sobrevivientes.” (1982), y La Nación “Fuera de la zona del bloqueo fue hundido el crucero General Belgrano” (1982).

En Crónica, vuelve a aparecer el antiimperialismo, dentro del cuerpo de la noticia:

“la desesperación de la señora Thatcher por tratar de ocultar los fracasos y las pérdidas de sus *fuerzas colonialistas*⁴, según interpretan medios nacionales, está llevando a los ingleses a atacar cualquier cosa, con tal de poder exhibir algún éxito”. (“Confirmado: hundieron al crucero...”, 1982, pág. 1)

También en el diario Clarín, apareció el antiimperialismo en el centro de la escena. Al referirse a las declaraciones de distintos políticos europeos tras el hundimiento del Belgrano, destacó que el canciller austríaco Bruno Kreisky consideraba que las reivindicaciones

⁴ La cursiva es mía, no pertenece al original.

británicas eran un “residuo colonial” (“Bruno Kreisky: ‘residuo colonial’”, 1982). Aunque en esas mismas declaraciones el canciller señalaba que Argentina era la culpable de la guerra por haber desencadenado el conflicto, el diario tomó la decisión de destacar en un recuadro la cuestión del “residuo colonial” y poner en un plano secundario la crítica al gobierno argentino.

Retomando el punto anterior, en los titulares se mantuvo un tono objetivo y neutral, meramente informativo, pese a haber sido el episodio más mortífero que transitó la Argentina en todo el conflicto bélico. Lejos había quedado el tono épico, heroico y triunfante que se observaba en los titulares en los inicios de la guerra, y que enfatizaban la euforia en las manifestaciones de apoyo, el consenso y la unidad.

Sin embargo, al día siguiente, cuando los aviones de la Fuerza Aérea Argentina lograron hundir al destructor inglés Sheffield, el tono triunfal regresó. El principal titular de Crónica fue el siguiente: “¡Fue mortífero el contraataque de Argentina!” (1982) y en su bajada se mencionaba que “(...) la Thatcher está consternada, angustia en Londres”. En este caso, prefiere hablarse de la efectividad del ataque argentino y de las preocupaciones que desencadenó este hecho en el gobierno británico, que hablar sobre el número de víctimas que había sufrido la Argentina con el hundimiento del Belgrano. Se observa la tendencia, ya explicada, a describir los combates exitosos de la Fuerza Aérea como forma de ejemplificar el heroísmo argentino (Lorenz, 2006), que consiste en el enfrentamiento de una nación joven y en desventaja tecnológica, frente a una vieja potencia imperial con recursos de sobra. Otra vez, el antiimperialismo, el nacionalismo territorial y la censura, afectan de manera profunda la cobertura del hecho.

Otro aspecto en el que se manifestó la censura, estuvo relacionado con una foto del crucero hundiéndose, que había sacado uno de los militares presentes en el terreno. Dicha foto fue robada sin que su autor se diera cuenta, y enviada al New York Times. Cuando el periodista Héctor D’Amico quiso publicarla en la revista Siete Días (medio para el cuál trabajaba), el director de la publicación le preguntó si estaba al servicio de la inteligencia británica. Es decir, se consideraba que una foto de esas características sólo podía ser obra del enemigo, buscando desprestigiar a la Argentina⁵.

⁵ Héctor D’Amico publicó en el diario La Nación un artículo al respecto: <http://www.lanacion.com.ar/2019641-hundimiento-del-crucero-general-belgrano-la-foto-robada-que-hizo-historia> (Fecha de consulta: 25/6/17)

Análisis de casos III: cese de fuego y fin de la guerra

Por último, se analizará el fin de la guerra y cómo fue plasmado en los medios. Siguiendo los lineamientos de la censura impuesta por la dictadura militar, era imposible para la prensa mencionar las palabras “rendición” y “derrota”. Dado que se había prohibido hablar de una derrota argentina, se utilizaban eufemismos y expresiones más difusas para evitar el concepto de derrota. En este momento, la prensa periódica básicamente repitió el discurso oficial del régimen, que se negaba considerar al cese del fuego como una derrota.

Por ejemplo, el diario Crónica habló en sus titulares de “Tregua”, “alto al fuego” y “cese del fuego” (“¡Tregua!”, 1982). La Prensa, señalaba el día 15 de junio que “Rige un alto al fuego de hecho en la capital de las Islas Malvinas” (1982). Clarín titulaba “Cesaron los combates en las Malvinas. Se firmó un acta para retirar las tropas argentinas” (1982). Y La Nación, mencionaba que “Se ha producido un alto el fuego(...)” (1982). En los cuatro casos, no aparece la palabra “derrota”, y se usan otras expresiones para evitar nombrarla. En el caso de La Nación, además, hay una reproducción de los comunicados oficiales de la dictadura militar (“Se ha producido un alto el fuego...”, 1982).

Se hacía énfasis, como anteriormente se ha indicado, en el heroísmo de los jóvenes soldados argentinos, así como también en la superioridad tecnológica y la ayuda de los estadounidenses, como factores que justificaban la derrota argentina (aunque no se la llamara de esa manera).

A su vez, se establecía que el cese del conflicto era tan sólo un episodio más dentro de la larga historia de reclamo argentino por la soberanía sobre las islas del Atlántico sur. El día 15 de junio (fecha en la que finalizó el conflicto), Crónica afirmaba:

“La sangre, tan valientemente derramada por nuestros héroes, certifica que puede haber concluido una batalla, pero que la lucha en las islas Malvinas recién comienza.” (“¡Tregua!”, 1982)⁶.

Otra vez, aparece la figura de la sangre y el sacrificio religioso, asociado al heroísmo de los soldados argentinos. Pero, sobre todo, se consideraba que la derrota no era de ninguna manera una pérdida definitiva ni un resultado permanente, y cabía la posibilidad de revertirla en el futuro.

Sólo al final de la guerra, cuando ya habían pasado varias semanas desde la rendición, y cuando ya el general Galtieri había renunciado a la presidencia, por lo que se hacía evidente

⁶ Ver anexo

un próximo retorno de la democracia; aparecen en los principales diarios críticas al régimen militar por sus decisiones en torno a la cuestión Malvinas.

En el diario La Nación del 4 de Julio, un editorial señala, al referirse a los soldados retornados de Malvinas, que: “es notorio que ha habido por lo menos improvisación o incuria respecto de la alimentación de numerosos contingentes o de la provisión de indumentaria adecuada; de allí en adelante hay hasta la mención de intentos por medrar la escasez” (“La historia como debe ser escrita”, 1982). En este mismo editorial, el diario se refiere también a la deficiencia de los sistemas de logística y de información, a la vez que argumenta que la ciudadanía apoyó la decisión del régimen militar de llevar adelante la guerra porque desconocía la verdadera realidad de los hechos. Por último, concluía afirmando que el pueblo, así como también los dirigentes y las instituciones, debían hacer una autocrítica con respecto a sus decisiones y actitudes en torno a Malvinas (“La historia como debe ser escrita”, 1982).

Sin embargo, es probable que el punto de quiebre en cuanto al cambio de registro discursivo, se diera al conocerse los verdaderos términos de la rendición argentina. Y luego, al renunciar Galtieri y acelerarse el proceso de desintegración de la dictadura militar (varias semanas después de la derrota argentina), el cambio de registro hacia un tono más crítico se haya profundizado aún más. Pero, ya incluso días después del cese del fuego, al conocerse los términos de la rendición, se evidencia el paso a un registro de un tono más crítico. Para brindar un ejemplo, se compararán dos columnas de opinión publicadas en el diario La Prensa, ambas escritas por Manfred Schönfeld.

La primera, escrita el día 15 de junio, cuando aún no se conocían los términos reales del cese del fuego, hacía hincapié en que la rendición no era definitiva, sino tan sólo una etapa pasajera; acercándose de esta manera al discurso oficial del régimen militar:

“Lo que sucedió ayer era –hasta el instante en el que estas líneas eran escritas- un cese pasajero de hostilidades (...). En una guerra, se trata de un episodio común y corriente que no significa, de modo alguno, que la guerra en sí esté terminada ni que uno de los dos bandos haya ganado y el otro perdido.” (Schönfeld, 1982a, pág. 12, párrafo 21)

Además, el título reforzaba ideas como el aspecto épico y heroico de la guerra, e incluso se mencionaba al “honor nacional”: “El épico esfuerzo, realizado hasta ahora, no debe quedar sujeto sólo al honor militar, sino al honor nacional” (Schönfeld, 1982a, pág. 12).

La segunda columna, en cambio, evidencia un tono de un estilo más crítico hacia la dictadura militar. Ya en el título del artículo, aparece este cambio de registro: “El cese del fuego tiene

visos de rendición total y la ciudadanía exige, justificadamente, una explicación” (Schönfeld, 1982b)⁷. El hecho de que se hable de una rendición total, supone una actitud disidente hacia el régimen militar, porque va en contra de la censura que pretendía imponer la dictadura en el tratamiento de las noticias sobre la guerra. Al estar prohibido referirse a una derrota o rendición, esto supone un claro desafío al régimen militar. A su vez, la exigencia de una explicación por parte de la ciudadanía (que el autor considera justificada) es también una novedad, y un desafío a un régimen de corte autoritario como era la dictadura militar: dicha expresión parece ser más propia de un régimen democrático que de una dictadura. Además de criticar en esta columna la decisión del régimen militar de rendirse, el autor denuncia la manipulación de la información impuesta por la dictadura, considerando que fue esa la razón que impidió que se conocieran las razones reales de la rendición:

“Los medios de difusión masiva - controlados por el gobierno- se dedicaban a seguir ofreciendo a los televidentes y oyentes sus insulsos programas, como si nada hubiera pasado.” (Schönfeld, 1982b, p. 12, párrafo 2)

"(...) las masas hipnotizadas por el lavado de cerebro puesto en marcha por la televisión que el gobierno reglamenta, y que canturreaban ‘paz’, y otra vez ‘paz’, y una vez más ‘paz’(...)” (Schönfeld, 1982b, p. 12, párrafo 15)

Por primera vez, hay una denuncia y una crítica abierta a las políticas de censura impuestas por el régimen militar.

Algunas miradas disidentes

Aunque existió un cambio hacia un tono más crítico, este se produjo en la posguerra, no durante la guerra en sí misma. Durante la Guerra misma, era prácticamente imposible encontrar en la prensa periódica críticas a las decisiones del régimen militar, similares a los ejemplos anteriores, que pertenecen a la etapa de la posguerra.

En los tres momentos del conflicto bélico que han sido analizados, se puede afirmar que la prensa periódica cumplió con las medidas establecidas por el régimen militar en cuanto a la difusión de la información sobre el conflicto. Se hizo hincapié en el consenso y en la unidad, se evitó hablar de una derrota, aun cuando esta era evidente, y se mantuvo un tono heroico, épico y triunfalista. En todo momento se manifestó el factor de consenso que implicaba la causa Malvinas, y se hicieron evidentes el nacionalismo territorial, así como también un antiimperialismo muy presente dentro de la sociedad civil.

⁷ Ver anexo

Sin embargo, hubo algunas excepciones a este panorama general, que merecen ser brevemente mencionadas. Incluso en la prensa periódica, hay a veces pequeños elementos que atentan contra el manejo de la información y la censura que pretendía implementar la dictadura militar. Por ejemplo, en el diario La Prensa del día 4 de abril, tan sólo dos días después de comenzada la guerra, aparece una solicitada de CLAMOR, una organización de derechos humanos, pidiendo información sobre personas y niños desaparecidos (“Solicitada CLAMOR”, 1982). De todas maneras, la existencia de una solicitada de este tipo no implicaba una oposición y/o crítica hacia la idea de que las Malvinas debían pertenecer a la Argentina, ni tampoco se criticaba la elección del uso de la fuerza y el enfrentamiento bélico como método de la dictadura para lograr dicho objetivo. Pero, merece ser destacada porque el tema de las personas desaparecidas y la cuestión de la “lucha contra la subversión” era un tema tabú que, por ser demasiado sensible, la prensa no podía tratar. De hecho, los pocos medios de comunicación que se dedicaron a cubrir el tema, como el caso del Buenos Aires Herald, sufrieron constantes amenazas por parte del régimen militar.

Aún mientras transcurría la guerra, una mirada más crítica hacia el régimen militar y sus medidas con respecto a Malvinas, podía encontrarse en otro tipo de medios. En la Revista HUMOR, por ejemplo, el número 81 de mayo de 1982 tenía en su tapa una caricatura en la que aparecía Costa Méndez sorprendido al encontrar a Alexander Haig y Margaret Thatcher manteniendo relaciones sexuales⁸. En esta tapa, se criticaba la ingenuidad del régimen militar por haber creído que Estados Unidos sería aliado de Argentina durante el conflicto bélico. De esta manera, se aludía a la traición del supuesto aliado máximo de la dictadura militar. De todas formas, la Revista apoyó el conflicto armado en Malvinas y la idea de que las Islas pertenecían al territorio argentino, pero a diferencia de la prensa periódica, tuvo una posición más disidente porque criticó la ingenuidad que suponía el error de cálculo de los militares con respecto a Estados Unidos.

Otro ejemplo fue Punto de Vista. Esta publicación fue ante todo una revista de intelectuales, dedicada en particular a temas culturales y sociales. Trajo importantes novedades para las ciencias sociales y los estudios culturales, como por ejemplo, las herramientas conceptuales de Pierre Bourdieu, Raymond Williams, y Walter Benjamin, entre otros. Se empezó a

⁸ Se puede acceder a una versión online de esta portada en:

<http://www.rafaela.com/cms/news/ver/48324/1/Tapa-Revista-Humor-Nº-81---Mayo-1982.html> (Fecha de consulta: 25/6/17)

publicar en 1978 en la semi-clandestinidad, por lo cual, se puede afirmar que estuvo ligada a la resistencia cultural situada en el *underground*. Si bien no pertenece a la prensa periódica, el caso de Punto de Vista es digno de ser mencionado, porque fue una de las pocas publicaciones cuya posición frente al conflicto por Malvinas fue de una oposición total, y sobre todo, con una mirada que rechazaba la opción bélica que había elegido el régimen militar. En su número 15 de 1982, el artículo “Lecciones de una guerra” (escrito por Carlos Altamirano, pero representativo de todo el Consejo de Redacción), expresa duras afirmaciones contra las decisiones del régimen militar. A modo de ejemplo, Altamirano se cuestionaba lo siguiente:

“¿A quiénes podía sorprender la actitud recalcitrante de la señora Thatcher, sino a aquellos que celebraron su ascenso al poder en 1979 y creían que bastaba el lazo del anticomunismo para borrar las jerarquías? ¿Quién podía dudar sobre la elección que haría la administración Reagan si se la colocaba en la situación de optar entre el régimen militar de un país dependiente y su principal aliada europea en la estrategia de la guerra fría?”
(Altamirano, 1982, p. 5)

Una breve síntesis

En síntesis, la prensa argentina durante la guerra de Malvinas estuvo atravesada por las prácticas de censura impuestas en el terreno cultural y de la prensa por la dictadura militar. Esto se manifestó en los tres momentos de la guerra que han sido analizados. Además, sólo en las publicaciones más asociadas al *underground* fue posible encontrar un cierto nivel de distancia y una postura más crítica hacia el régimen militar.

El apoyo sin precedentes otorgado al gobierno militar en su aventura en el Atlántico Sur, estuvo relacionado sobre todo con la construcción de Malvinas como una causa nacional latente, ligada a la construcción del nacionalismo en Argentina. Este fue un proceso previo al período de la dictadura militar, que contribuyó a instalar profundamente la idea de que las Malvinas pertenecían al territorio argentino en muchas generaciones de argentinos, sobre todo a través de la educación sistematizada en manos del estado: rasgo típico de los nacionalismos. Este fenómeno tuvo que ver con el nacionalismo territorialista y el antiimperialismo, factores que abundan en todos los periódicos analizados.

Al comienzo de la Guerra, se enfatizó el consenso y el apoyo a la causa Malvinas, en algunos casos presentado como unanimidad. Predominó un tono épico y heroico, a la vez que se destacaba el clima festivo que reinaba en las manifestaciones de la ciudadanía en apoyo a la guerra. El antiimperialismo se hizo también manifiesto al comienzo, considerando a los

ingleses como “usurpadores”, “piratas” y otro tipo de símbolos utilizados para catalogar a Gran Bretaña como un poder imperial que había abusado de su fuerza superior en términos de recursos. Se recurrió también a la utilización de la historia para enmarcar la cuestión Malvinas (y el antiimperialismo) en el largo plazo. Al quedar inserto en una línea de larga duración, la usurpación supuestamente injusta en manos de los británicos cobraba un nivel de mayor gravedad. Se generaron situaciones paradójales, en las que sectores considerados enemigos de la dictadura manifestaron su apoyo a la recuperación de las Malvinas.

En el momento del hundimiento del Belgrano, se hizo presente la censura, al evitarse hablar de las bajas. Pese a ser el ataque más mortífero de todo el conflicto bélico, se puso el foco en los rescates y en el alto número de sobrevivientes, no sólo para cumplir con la censura, sino también para restarle importancia al ataque británico. Al poco tiempo, cuando se conoció la noticia del hundimiento del Sheffield, se retornó al tono épico/heroico utilizado en los comienzos de la guerra.

Por último, en el final de la guerra, la censura afectó profundamente la manera en la que la prensa cubrió el cese de fuego. Se evitó hablar de una derrota y se consideró que la tregua y la última batalla en Puerto Argentino eran tan sólo un episodio más dentro del objetivo nacional a largo plazo de recuperar las Islas. Sin embargo, pasado este momento inicial en el que predominó la censura y hubo una coincidencia entre la prensa y el discurso oficial, hubo un segundo momento (luego de la renuncia de Galtieri, y cuando comenzó a acelerarse la descomposición del régimen militar) en el que sí se comenzó a considerar el desenlace del conflicto como una derrota, y en el que también comenzaron a hacerse más frecuentes las críticas al régimen militar. Sin embargo, dejando de lado este momento, el consenso basado en el nacionalismo y el antiimperialismo insertos en la cuestión Malvinas, fueron los factores que predominaron en una prensa afectada por la censura.

¿Cómo reaccionó el resto de la prensa frente al conflicto Malvinas, sin estar atravesada por estos factores (nacionalismo argentino, antiimperialismo, censura de un régimen autoritario)? En el siguiente capítulo se analizará cómo trató la prensa internacional a los sucesos ocurridos durante la Guerra de Malvinas.

Capítulo 3: La prensa internacional durante la Guerra de Malvinas

El presente capítulo buscará mostrar el contraste que existió entre la manera de la prensa local de tratar el conflicto, y las formas que adoptaron los medios internacionales. Se buscará desarrollar asimismo una explicación de por qué la prensa internacional pudo adoptar actitudes diferentes a las conductas presentes en la prensa nacional. Fundamentalmente, se considerará que, en líneas generales, la prensa internacional tuvo un mayor campo de maniobra para manifestar posiciones de disidencia y actitud crítica. Se tendrá especial atención al hecho de que la prensa internacional no estaba atravesada por las prácticas de censura de un régimen dictatorial, así como tampoco estaba influenciada por factores constitutivos de la causa Malvinas tales como el nacionalismo territorial argentino y el antiimperialismo. Asimismo, deberá tenerse en cuenta que en Gran Bretaña también hubo un cierto nivel de censura y resurgir nacionalista, típico de un contexto bélico, y que, en América Latina, sí estuvo presente el antiimperialismo, lo que llevó a una mayor manifestación de solidaridad con la causa argentina. A continuación, se analizarán periódicos de origen anglosajón, un diario argentino ligado a la comunidad inglesa (el Buenos Aires Herald), y diarios de países latinoamericanos, como Venezuela y Nicaragua. Primero, se realizará una explicación de los factores que contribuyeron a que la prensa internacional pudiera reaccionar de manera diferente a la argentina. Luego, se procederá al análisis de casos concretos para los tres momentos de la Guerra seleccionados y ya analizados en el capítulo anterior. Se intentará destacar las diferencias que manifiestan el contraste en las actitudes de la prensa local e internacional.

La prensa internacional: algunas generalidades

En contraste con la prensa argentina, la prensa internacional adoptó un tratamiento muy diferente del conflicto bélico en el Atlántico Sur. Para empezar, porque a diferencia de la Argentina, muchos de los medios de comunicación que se analizarán a continuación se insertaban en países con regímenes democráticos; sin las anomalías que implicaban las políticas de censura a los medios y a la esfera cultural que pretendía imponer el régimen militar argentino. Sin embargo, como suele ocurrir en tiempos de guerra, el Ministerio de Defensa británico impuso cierta censura a los medios de comunicación para no distribuir información que perjudicara a la causa británica. De todas formas, una censura leve en un contexto de democracia y ocasionada por la coyuntura especial que supone un enfrentamiento bélico, no tiene comparación con la censura impuesta por un gobierno dictatorial y

autoritario, y que, como ya se ha argumentado; no era un fenómeno que nació por la guerra, sino que ya se había hecho presente desde los inicios de la dictadura. También, relacionado a un contexto de guerra, se produjo un cierto renacer del orgullo nacional imperialista inglés que miraba con nostalgia la época victoriana (Said, 1999; Hobsbawm, 1991). En este aspecto, la Guerra de Malvinas coincide con un resurgir del sentimiento imperialista con respecto a la India (Said, 1999). En palabras de Hobsbawm (1991): “(...) se ha hecho una guerra insensata, en medio del entusiasmo patriótico general, por parte de un imaginario ‘nosotros’ británico contra un simbólico ‘ellos’ argentino por la posesión de un pantano y unos pastos en el Atlántico Sur(...)” (pág. 180)

En segundo lugar, varios de los medios de comunicación extranjeros tenían el aporte de los exiliados argentinos que habían sido perseguidos por la dictadura. Por ejemplo, el periodista Rodolfo Terragno se había exiliado en Venezuela y escribía en El Diario de Caracas. Otro ejemplo fueron los peronistas Hugo Chumbita, Alavaro Ábos y Jorge Bragulat, que publicaban la revista bimestral Testimonio Latinoamericano desde su exilio en España. Por estas dos razones, es lógico suponer que la prensa internacional contaba con un campo de maniobra mayor para esbozar posiciones más críticas hacia el régimen militar y hacia su decisión de emprender una guerra contra Gran Bretaña, saliéndose de factores como el antiimperialismo o el nacionalismo territorialista que contribuían a generar consenso en Argentina en torno a la causa Malvinas. Pero, fundamentalmente, la posibilidad de disidencia era mayor porque en el exilio lograban alejarse de las prácticas de censura impuestas por la dictadura.

Sin embargo, esto fue diferente para la prensa periódica de otros países latinoamericanos. En el caso de estos países, el antiimperialismo era un factor muy presente entre la sociedad civil y que ayudó a generar simpatías, apoyo y consenso con respecto a la postura de Argentina de defender la soberanía de las islas a través del enfrentamiento armado. Países como Venezuela, o incluso países anteriormente enemigos por ser considerados bastiones del comunismo⁹, como Cuba o Nicaragua; apoyaron a la Argentina en el conflicto con Gran Bretaña. Pese a que el sistema de creencias de los militares argentinos en el campo de la política exterior, planteaba a través del concepto de “Extremo Occidente” que Argentina era incluso más occidental que Occidente mismo (Russell, 1996); el conflicto de Malvinas produjo un alineamiento con el G-77, o también, No Alineados. A raíz de su anticomunismo,

⁹ Recordemos que el “marxismo”, junto con la “subversión”, era considerado como el enemigo principal para la dictadura militar argentina (Invernizzi y Gociol, 2003)

hasta antes de la guerra, Argentina se había distanciado de No Alineados para intentar acercarse a Occidente, especialmente a los Estados Unidos. Sin embargo, el factor antiimperialista durante Malvinas generó una amplia solidaridad hacia la Argentina entre los países latinoamericanos y el grupo de No Alineados.

Hechas estas aclaraciones, se analizarán diferentes publicaciones de la prensa periódica de países como Gran Bretaña, Estados Unidos y países latinoamericanos como Venezuela o Nicaragua. Al igual que en el capítulo anterior, se tratarán tres momentos específicos de la guerra: sus inicios con la ocupación argentina del 2 de abril, el hundimiento del crucero General Belgrano, y el fin del conflicto armado a mediados de junio de 1982.

Análisis de casos I: inicios de la Guerra en la prensa internacional

Al comenzar la guerra, en el diario New York Times del 3 de abril, se publicó un artículo con el título “Argentina toma por la fuerza las Islas Falklands; los barcos británicos se mueven hacia allí”.¹⁰ (“Argentina seizes Falklands...”, 1982) Ya en el título se observan diferencias importantes con respecto a la prensa nacional: no se habla ni de una reconquista, ni de una recuperación de un territorio que pertenece a la nación, ni tampoco se utilizan palabras de tinte épico, que buscaban recalcar el supuesto acto heroico que suponía la ocupación argentina. Además, el hecho de llamar a las islas “Falklands”, es decir, con su nombre inglés, implica un posicionamiento que se inclina más a favor de la postura inglesa. Sin embargo, en el cuerpo del artículo se mencionan los argumentos que utilizan tanto Gran Bretaña como Argentina para defender sus respectivas posiciones, así como también las numerosas negociaciones previas con respecto a las islas que habían fracasado (“Argentina seizes Falklands...”, 1982). En el caso de la prensa argentina, la posición británica está totalmente ausente. El simple intento de entender (no implica compartir ni suscribir a dichas ideas) la posición británica, hubiese sido considerado como algo inadmisibile y “antinacional”. Además, en el mismo artículo se hace mención a la conexión que el conflicto bélico tenía con las dificultades serias a las que se enfrentaba la dictadura militar en el ámbito de la política doméstica: “La invasión sucedió en un momento de problemas domésticos en ascenso para el régimen argentino. La semana pasada, los argentinos se manifestaron contra las políticas económicas de la Junta.”¹¹ (“Argentina seizes Falklands...”, 1982)

¹⁰ Original en inglés, la traducción es mía

¹¹ Original en inglés, la traducción es mía

Este argumento, totalmente ausente en la prensa nacional, aparece también en otras publicaciones, como en el caso del Latin American Weekly Report del 2 de Abril:

“La relación con la política doméstica es uno de los aspectos más interesantes de todo el asunto. Los gobiernos argentinos que enfrentan dificultades frecuentemente han recurrido a algún tipo de amenaza militar sobre las Malvinas para aumentar su popularidad. (...) Esta vez, los observadores argumentan que Galtieri está intentando usar el conflicto para distraer la atención de la creciente ola de oposición civil y, al mismo tiempo, prepararse para su propio retiro y su eventual debut futuro en la política electoral. (...) Pero quizá, el mayor problema para el gobierno haya sido la manifestación sindical planeada para el 30 de marzo, vista como un signo de una mayor unidad entre las diferentes organizaciones sindicales.”¹² (“Argentina: Galtieri flies the flag”, 1982, párrafos 6-8)

Esta publicación, nacida a fines de los ‘60, dependía de la empresa de medios de comunicación británica Latin News. Para la prensa argentina, era imposible hablar de una relación entre el conflicto externo y la debilidad interna del régimen militar. Una crítica de este tipo hacia el régimen militar, hubiese ido contra las políticas de censura. Además, hubiese sido extraño que una publicación enfatizara los desacuerdos y las diferencias dentro de la sociedad, en un momento en el que una causa generadora de consensos y unidad como era la cuestión Malvinas, retornaba al centro del escenario político argentino.

A su vez, retomando el artículo del New York Times, también señala que la causa Malvinas había sido desde siempre un factor que generaba fervor patriótico en los argentinos y que, al difundirse la noticia, la población local se manifestó en los espacios públicos para expresar su apoyo a la recuperación de las Islas. Sin embargo, el tono utilizado es mucho más moderado y neutral que el de la prensa nacional:

“Cerca de 200 personas se reunieron en el exterior de la Casa de Gobierno en Buenos Aires para desplegar sus banderas y gritar ‘Argentina! Argentina!’. Los automovilistas tocaron sus bocinas, las sirenas sonaron y las campanas de las iglesias sonaron con fines celebratorios en muchas ciudades”¹³
 (“Argentina seizes Falklands...”, 1982)

A diferencia de la prensa periódica argentina, el registro semántico utilizado en este artículo se limita a lo descriptivo y a lo informativo. No se hacen juicios de valor (ni positivos ni negativos) sobre el hecho de que la población civil argentina se manifieste a favor de la

¹² Original en inglés, la traducción es mía

¹³ Original en inglés, la traducción es mía

guerra. No aparecen palabras que denoten una connotación positiva de las adhesiones de la ciudadanía tales como “júbilo” o “fervor”.

En otro artículo del día 3 de abril, el New York Times señala que las islas son un territorio inhóspito, invadido por el viento, y que no poseen demasiadas riquezas (aunque se rumorea que quizá podría haber gas y petróleo):

"Las Falklands, un grupo de islas desoladas y azotadas por el viento a 250 millas de la costa sudeste de América del Sur, han sido un objeto de disputa entre Gran Bretaña y Argentina por 150 años. (...) La economía allí supo ser una próspera industria basada en la caza de ballenas y focas, pero virtualmente, la única actividad económica activa hoy es la cría de ovejas. Cerca de 700 mil ovejas pueden ser vistas en el páramo. Más de dos tercios de la colonia está en manos de terratenientes británicos ausentes. En los últimos 50 años, la economía ha permanecido estancada, y la población ha declinado casi un 20 por ciento"¹⁴ (“Falklands Islands at a glance”, 1982)

En este punto, existió un gran contraste con respecto a la prensa local: mientras que los diarios argentinos ensalzaban las supuestas grandes cualidades y riquezas que poseían las islas, el diario estadounidense señalaba que se trataba de una tierra inhóspita, con una economía muy limitada, una población decadente y pocos recursos. En síntesis, si se toma en cuenta la descripción del New York Times, las islas eran un territorio por el cual no valía la pena desarrollar un conflicto bélico de gran escala.

Por su parte, el Latin American Weekly Report del 9 de abril, se manifiesta a favor de la posición argentina. La publicación considera que si bien en términos de derecho internacional, el argumento argentino no es mucho más sólido que el británico; que las islas pertenecieran a la Argentina era la mejor opción para solucionar el conflicto de soberanía (“Crisis in the South Atlantic...”, 1982)¹⁵. Sin embargo, otra vez, no se manifiesta el tono épico ni heroico que celebran la decisión argentina. Además, en el mismo artículo, pero algunos párrafos más adelante, se esboza una severa crítica al régimen militar argentino. Esta crítica abarca también al parlamento británico:

“Argentina era gobernada por un grupo de fascistas temerosos con un mal historial de derechos humanos. Muy pocos de esos mismos miembros del parlamento han levantado la voz frente al asesinato entre 1976 y 1978 (en manos de estos mismos generales fascistas) de por lo menos diez veces

¹⁴ Original en inglés, la traducción es mía

¹⁵ Ver anexo

el número de la población que vive actualmente en las islas.”¹⁶ (“Crisis in the South Atlantic...”, 1982, p. 1, párrafo 8).¹⁷

En este pequeño fragmento aparece un elemento que se ausentaba totalmente en la prensa argentina: hay una impugnación al régimen militar en su totalidad, una crítica clara y abierta a los militares (se los considera fascistas) y una alusión a la gravedad que suponía la cuestión de los desaparecidos, que para muchos de los medios de comunicación argentinos era un tema tabú, dadas las prácticas de censura que imponía el régimen militar. Con respecto al parlamento británico, se critica la hipocresía de quiénes justificaban la agresión británica argumentando que Argentina era gobernado por un grupo de militares autoritarios y fascistas, cuando años antes no habían hecho nada al respecto para frenar el terrorismo de estado que impulsaban los militares argentinos. En este sentido, se hace evidente el mayor campo de maniobra que este tipo de publicaciones tenía para esbozar posiciones críticas hacia ambos gobiernos. Pero en especial, para criticar al régimen militar argentino.

Un caso interesante, que de alguna manera se encuentra en el umbral entre la prensa argentina y la internacional, es el caso del Buenos Aires Herald. Esta publicación, originada en la segunda mitad del siglo XIX, estaba ligada a la comunidad inglesa en Buenos Aires y era publicada enteramente en idioma inglés. Si bien era una publicación argentina, tenía un vínculo particular con el exterior, en comparación con otras publicaciones argentinas.

El 3 de abril, el Buenos Aires Herald tituló en su tapa: “Argentina recupera Malvinas por la fuerza.” Lejos de poner el énfasis en el fervor patriótico, en el nacionalismo, o en el carácter épico de la acción argentina, se acentúa el hecho de que esta recuperación de las islas había sido a la fuerza (“Argentina recovers Malvinas...”, 1982). Sin embargo, a diferencia del New York Times (y es en este aspecto dónde se ve la característica del Herald como fronterizo, como un umbral), aparece la idea de que fue una recuperación (no una invasión), así como también se llama a las islas por su nombre argentino (Malvinas). En otros artículos pertenecientes a otras secciones del Buenos Aires Herald, así mismo, se hace mención de información que no podía difundirse en la prensa argentina, como por ejemplo, la superioridad británica en términos armamentísticos:

¹⁶ Original en inglés, la traducción es mía

¹⁷ Ver anexo

“En términos generales, la Marina británica, pese a ser víctima de los recortes de gastos en los últimos años, tiene una tremenda ventaja frente a su contraparte argentina.”¹⁸ (“Britain caught off guard”, 1982, p. 7, párrafo 4)

Además, al referirse a las manifestaciones de apoyo de la ciudadanía, el Herald (a diferencia de la prensa nacional) menciona que hubo grupos peronistas que fueron expulsados por la policía de las concentraciones frente a la Casa Rosada, por haber cantado la Marcha Peronista (“Argentines celebrate”, 1982). En este sentido, se sale de la idea de consenso y unidad nacional, tan impregnada en la prensa argentina.

A su vez, en un artículo de opinión, el diario admite ambas posibles interpretaciones (una más afín a Gran Bretaña y otra a la Argentina) del accionar argentino: “(...) esta invasión, si a usted le parece, o recuperación, si prefiere(...)”¹⁹ (Hansen, 1982, p. 8, párrafo 3)

“Ciertamente, un defensor de la posición británica podría contestar que, según su opinión, las islas eran británicas y la toma del poder de ayer fue usurpación militar.”²⁰ (Hansen, 1982, p.8, párrafo 4)

Otra diferencia considerable con respecto a la prensa nacional que se manifiesta en este artículo, es que se considera que el colonialismo (o imperialismo) no es el verdadero problema que atraviesa al conflicto Malvinas:

“Por supuesto, el problema de las islas no es realmente el colonialismo, en el sentido de un poder mayor sojuzgando a una población nativa rebelde. Al contrario, la población local está muy decidida a definitivamente permanecer como británica. Pero, según la visión argentina, esa misma población jamás tendría que haber estado ahí en primer lugar.”²¹ (Hansen, 1982, p. 8, párrafo 6)

Por último, en los días siguientes, el Buenos Aires Herald del 5 de abril (a diferencia de los diarios nacionales), menciona otra vez la superioridad británica en lo armamentístico, señalando que la flota de la Marina británica era la “Mayor flota británica desde la Crisis de Suez”.²² (“Biggest british war...”, 1982)

¹⁸ Original en inglés, la traducción es mía

¹⁹ Original en inglés, la traducción es mía

²⁰ Original en inglés, la traducción es mía

²¹ Original en inglés, la traducción es mía

²² Original en inglés, la traducción es mía

Además, el 4 de abril, el Herald publicó una caricatura que comparaba el fervor nacionalista generado por el Mundial de Fútbol del '78 durante el gobierno de Videla, con el fervor patriótico provocado por la recuperación de las Malvinas durante el gobierno de Galtieri ("Sin título", 1982, p. 8). Esto suponía una clara crítica, apuntando a la necesidad constante del régimen militar de distraer a la población con grandes triunfos (en lo deportivo o en la guerra), que generaran consenso entre la sociedad civil y ayudaran a dejar en un plano secundario la pérdida (o falta de) legitimidad.

En síntesis, ya al comienzo de la Guerra, se puede observar un contraste muy grande entre la cobertura que otorgaron al suceso los medios de comunicación argentino y los internacionales. En primer lugar, el estilo podía limitarse al registro descriptivo o informativo, sin tener que incluir adjetivos o sustantivos que denotaran una connotación positiva y le dieran un tinte heroico al accionar argentino. También, aunque las manifestaciones de consenso y apoyo aparecían, no se ponía el énfasis en ellas. De hecho, hasta aparecían los conflictos internos y las divisiones. Además, había un mayor campo de maniobra para impugnar o mantener una postura crítica con respecto al régimen militar en su totalidad. Al no estar sujetos a la censura, podían aparecer mayor cantidad de posiciones críticas, así como también, existía posibilidad de hacer mención a elementos que la censura argentina impedía, como la superioridad tecnológica británica.

Y, por último, factores como el fervor nacionalista asociado al territorio y el fuerte antiimperialismo, que abundaban en la prensa argentina, no se hacían presentes en la prensa internacional. Ni siquiera en los casos como el del Latin American Weekly Report, que apoyaba la posición argentina; o del Buenos Aires Herald, que tenía columnistas que se posicionaron a favor del reclamo argentino. Al no tener un compromiso con la cuestión Malvinas como causa nacional, podían aparecer ambas posiciones (la británica y la argentina) con respecto al conflicto.

Análisis de casos II: el hundimiento del Belgrano en la prensa internacional

Con respecto al hundimiento del Crucero General Belgrano, también se pueden observar grandes diferencias entre la cobertura de la prensa local e internacional.

El diario New York Times del 4 de mayo, lejos de limitarse a simplemente criticar el hundimiento en manos de los británicos; intenta recopilar algunos de los argumentos de los funcionarios británicos para justificar el ataque (Apple Jr., 1982). Sin embargo, el New York Times no deja de señalar que el General Belgrano se encontraba fuera de la zona de exclusión

de 200 millas que se había trazado como área de guerra (Apple Jr., 1982). Por lo tanto, su postura con respecto al hecho no es ni totalmente favorable a la Argentina ni tampoco completamente favorable a Gran Bretaña. Además, a diferencia de la prensa nacional, el New York Times menciona que el barco tenía una tripulación de más de 1000 hombres y que, por lo tanto, el ataque había resultado probablemente en una gran pérdida de vidas (Apple Jr., 1982). Es decir, podía hablarse del naufragio y del importante número de bajas, aspecto que la censura impuesta en Argentina no permitía.

El Buenos Aires Herald, por su parte, menciona que el ataque al General Belgrano generó un distanciamiento de varios países europeos con respecto a Gran Bretaña, y que, al implicar una gran pérdida de vidas humanas, era posible que la Comunidad Económica Europea presionara para ponerle un fin al conflicto y, por lo tanto, favorecer a la Argentina (“Sympathy may swing...”, 1982). El título de este artículo publicado el 4 de mayo era “La simpatía podría cambiar de dirección para Gran Bretaña”²³. Es decir, en este aspecto, el foco estaba puesto en Gran Bretaña y cómo esta se perjudicaría en la comunidad internacional. Este factor estaba totalmente ausente en la prensa nacional.

Sin embargo, en diferentes artículos de ese día se recalca que el barco había sido hundido fuera de la zona de exclusión, y que Argentina lo consideraba como un acto de agresión, porque violaba resoluciones de la ONU (“Sinking of cruiser...”, 1982). De hecho, esa era la noticia que aparecía en la tapa, junto con el rescate de 123 tripulantes tras el hundimiento: “Hundimiento de crucero, ‘Acto de agresión’”, acompañado por una volanta que señalaba “Viola la resolución N° 502”²⁴ (“Sinking of cruiser...”, 1982).

Algunos días más tarde, bajo los efectos del hundimiento del HMS Sheffield, el diario no cayó en el antiimperialismo ni en el nacionalismo, como sí lo hizo la prensa argentina. El Buenos Aires Herald informó sobre las reacciones de los políticos británicos, de la Primera Ministra Margaret Thatcher (quien se manifestó consternada) (“Thatcher ‘devastated’”, 1982) y de la prensa británica (“UK papers divided...”, 1982). En este último punto, el Herald señala que hubo posiciones mixtas con respecto al hundimiento del Sheffield y el Belgrano. Algunos periódicos consideraban que luego del hundimiento del Sheffield, debía endurecerse el conflicto armado, y Gran Bretaña debía responder con más fuerza; mientras que otros sostenían la postura contraria: Gran Bretaña debía buscar la paz y un fin del

²³ Original en inglés, la traducción es mía

²⁴ Original en inglés, la traducción es mía

conflicto armado (“British papers still shaken”, 1982). La prensa británica, a diferencia de la Argentina, tuvo un abanico de posibilidades más amplio para posicionarse frente al hundimiento. La prensa argentina se limitó a denunciar que el ataque había sido injusto (aunque sin poder mencionar la superioridad británica, o el número de bajas), y a enorgullecerse con el hundimiento del Sheffield, sacando a la luz su nacionalismo antiimperialista. La prensa británica, aunque también teñida por el clima de guerra, el nacionalismo y ciertos resabios de nostalgia al viejo imperialismo inglés; pudo tener la libertad de considerar que las pérdidas de vida de ambos bandos ya habían sido demasiadas y que, por esa razón, el conflicto debía llegar a su fin. No solo esta posición hubiese sido impensada para la prensa argentina porque se la hubiera considerado derrotista y antipatriótica, sino también el hecho de que entre los mismos diarios haya posiciones totalmente enfrentadas.

Volviendo a la cobertura de la prensa internacional del hundimiento del Belgrano, es importante contrastar el tratamiento de los diarios ligados a comunidades anglosajonas, con publicaciones de países latinoamericanos. El Diario de Caracas, en el cuál trabajaba Rodolfo Terragno, se posicionó del lado argentino porque el antiimperialismo generaba una clara empatía con la Argentina. Este diario tituló el día 4 de mayo: “500 murieron a bordo del General Belgrano” (1982).

Y en otro artículo de ese mismo día, el mismo diario eligió como título: “La sangre tiñó de rojo las aguas del Atlántico Sur” (1982). Y este artículo, comienza afirmando que

“La sangre de unos quinientos soldados argentinos –la mitad de la tripulación del crucero argentino General Belgrano, hundido el domingo (...), cubrió de un rojo trágico las aguas del Atlántico Sur.”
 (“La sangre tiñó...”, p. 1, párrafo 1, 1982) ²⁵

Después, el texto continúa afirmando que este hecho pone a la Argentina en una inferioridad de condiciones con respecto a la Marina británica (“La sangre tiñó...”, 1982). A diferencia de los artículos de la prensa anglosajona, el tono del artículo es muy dramático, y pone énfasis en el elemento trágico del hundimiento del Belgrano. El tono de los artículos no se limita a lo descriptivo. Hay un juicio de valor y una posición clara, porque se destacan las muertes, la sangre en el agua, las vidas argentinas perdidas. De esta manera, se pretende mostrar solidaridad y empatía con la Argentina y su causa. No es casual que se elija la imagen de la sangre, porque remite a motivos religiosos cristianos muy utilizados, como el sacrificio y el

²⁵ Ver anexo

martirio, así como a la idea del heroísmo de los argentinos que están dejando sus vidas por defender un territorio que supuestamente les pertenece. Aludir al sacrificio y al martirio, equiparaba a la Argentina y su causa con la causa de un santo.

Para completar este sentimiento de solidaridad, en el otro artículo (“500 murieron a bordo del General Belgrano”, 1982), la bajada que acompaña al título comienza afirmando: “Venezuela protestó por la pasividad de la ONU ante el conflicto de las Malvinas. (...)” (p. 1)

Sin embargo, hay una diferencia enorme, no sólo con la prensa anglosajona, sino también con la prensa argentina. En la prensa venezolana, se enfatiza el carácter trágico del suceso. Sobre todo, se habla de los muertos y los heridos. En la prensa argentina, hemos visto que no se podía informar sobre las bajas. De hecho, pese a que el hundimiento del Belgrano fue el hecho más mortífero de toda la guerra, no se mencionaron las muertes en la prensa argentina. Sólo se mencionaba a los supervivientes, o a las maniobras de rescate de los naufragos, o se limitaban a informar que el barco había sido hundido. Tampoco hubiese sido posible para la prensa argentina mencionar que, con el hundimiento, Argentina quedaba en inferioridad de condiciones frente a Gran Bretaña. Es en este aspecto que se puede ver el contraste entre la censura que sufría la prensa en Argentina, un país en guerra y gobernado por una dictadura militar; y Venezuela, un país latinoamericano que no se encontraba en guerra y cuyo régimen político era una democracia.

El caso de Nicaragua es similar al de la prensa venezolana. El periódico Barricada, medio de comunicación oficial del Frente Sandinista de Liberación Nacional, destacó el día 8 de mayo que “La muerte llegó en cuestión de segundos” (1982), acompañado por el subtítulo “hablan los sobrevivientes del crucero General Belgrano”. Otra vez, se pone énfasis en las vidas perdidas, y en el carácter trágico del suceso, manifestando solidaridad con Argentina.

Sin embargo, el caso de Nicaragua es sumamente especial, porque, hasta antes de la Guerra de Malvinas, Galtieri había colaborado con Reagan para fortalecer a la contrainsurgencia nicaragüense que luchaba contra la revolución sandinista. Es decir, en este hecho se manifiesta el realineamiento de la Argentina, que se había acercado a No Alineados y a regímenes antes considerados enemigos, como en el caso de Cuba y Nicaragua.

En síntesis, si bien en la prensa anglosajona prevalece una función meramente descriptiva/informativa, mientras que en la prensa de países latinoamericanos hay un juicio de valor que busca posicionarse a favor de la Argentina; ambas presentan grandes diferencias con respecto al escaso campo de maniobra que disponía la prensa periódica en Argentina.

Otra vez, al mencionarse las bajas, las muertes, y al estar ausente el tono épico y heroico durante el hundimiento del Sheffield, se hace evidente que la censura, el nacionalismo territorial y el antiimperialismo (exceptuando a la prensa latinoamericana) estaban ausentes.

Análisis de casos III: el fin de la guerra en la prensa internacional

Por último, se analizarán las coberturas de la prensa internacional para el momento en el que concluye la Guerra de Malvinas. Cabe recordar que el 15 de junio se produce el cese del fuego, tras la rendición de Menéndez, y sólo 2 días después, el 17 de junio de 1982, Galtieri renuncia como presidente.

El diario New York Times del 15 de junio, tituló a uno de sus principales artículos:

“Argentina reporta una tregua, pero permanece silenciosa con respecto a una rendición”²⁶

(Meislin, 1982). Este artículo comenzaba afirmando lo siguiente:

“Los oficiales argentinos no tenían ningún comentario hoy más temprano con respecto al anuncio británico sobre la rendición de las fuerzas argentinas luego de un esfuerzo de dos meses y medio para obtener el control de las Islas Falkland.”²⁷ (Meislin, 1982)

Se menciona la oposición entre la posición inglesa de reconocer que Argentina se había rendido, con la posición argentina de no querer admitir la derrota, y considerar que tan solo era un episodio más dentro del largo camino de la recuperación de las Islas. De hecho, el diario estadounidense retoma este tipo de afirmaciones de los funcionarios argentinos (refiriéndose al encargado de prensa extranjera de la Junta Militar):

“Pero dijo en una breve declaración: ‘independientemente del resultado final de esta acción, la batalla de Puerto Argentino es un combate más, y la República Argentina nunca abandonará sus derechos de soberanía sobre las Malvinas sobre las Malvinas, las Islas Georgia y Sandwich del Sur, dado que se trata de un objetivo nacional’.”²⁸ (Meislin 1982)

Ya hemos visto que la prensa argentina reproducía esta versión oficial que pretendía instalar el régimen militar: negar la derrota, y enfatizar la continuidad del objetivo como causa nacional en el largo plazo. Las actitudes de la prensa argentina son un ejemplo de la poca

²⁶ Original en inglés, la traducción es mía

²⁷ Original en inglés, la traducción es mía

²⁸ Original en inglés, la traducción es mía

diferencia que por momentos (y el momento del cese al fuego fue uno de ellos), había entre los artículos periodísticos y los comunicados oficiales del gobierno militar (Lorenz, 2006). El New York Times, en cambio, cuestionaba al régimen por permanecer en silencio cuando se le pedía que aclarara si el cese al fuego significaba o no una rendición. De hecho, ya con que aparezca la palabra “rendición” en el título, expresa un contraste destacable con los medios nacionales, que no podían siquiera mencionar la palabra “derrota”, por estar sujetos a la censura.

Y al día siguiente (16 de junio), volvió a aparecer la palabra “rendición” en la tapa del New York Times. Esta vez, como título central:

“Los británicos toman 13000 prisioneros en rendición en Falklands; Bloquean el rol argentino; La Junta se opone a los términos”²⁹ (“British take 13,000...”, 1982).

Y, en contraste con la “derrota” o rendición argentina, se hablaba de una victoria inglesa: “Victoria británica: coordinación y profesionalismo”³⁰ (Middleton, 1982), dónde se explicaba que “(...) la historia fue una de conscriptos apenas entrenados luchando contra tropas profesionales bien dirigidas.”³¹ (Middleton, 1982, párrafo 3)

En ese mismo día, el diario publicó varios artículos que destacaban cómo habían recibido los británicos la noticia del fin del conflicto. Uno de ellos se titulaba: “Los británicos jubilados aclaman a su Primera Ministro”³² (Borders, 1982) y describía cómo Margaret Thatcher salió sonriente de la casa de gobierno en Londres para saludar a quiénes estaban afuera celebrando el triunfo británico. El artículo no sólo señalaba que era algo poco usual, sino que además explicaba que, pese a este momento beneficioso, en el futuro próximo Thatcher iba a tener que enfrentarse a muchos problemas que habían quedado pendientes antes de la Guerra de Malvinas (Borders, 1982). Por lo tanto, el artículo no planteaba una visión totalmente favorable a la Primer Ministro británica. Sin embargo, en la prensa argentina, no hubiese sido posible describir con tanta precisión las celebraciones británicas por haber derrotado a la Argentina. De hecho, estuvieron ausentes en la prensa argentina.

El Buenos Aires Herald del 16 de junio, tituló en su tapa: “La bandera ha sido arriada en Puerto Argentino” (“Flag brought down...”, 1982). Y en el cuerpo de dicho artículo, se señalaba que “La bandera del Union Jack fue izada sobre la marcha por un sargento mayor de

²⁹ Original en inglés, la traducción es mía

³⁰ Original en inglés, la traducción es mía

³¹ Original en inglés, la traducción es mía

³² Original en inglés, la traducción es mía

los paracaidistas(...)"³³ ("Flag brought down...", 1982, p. 1, párrafo 9). La imagen de la bandera argentina siendo reemplazada, tras el izamiento de la bandera del Reino Unido, es un claro símbolo de la rendición y la derrota.

Además, en otro artículo publicado en la edición de ese mismo día, se informaba sobre las protestas que había generado la derrota en Malvinas, mencionándose que

"Los disturbios fueron los más violentos en más de seis años de gobierno militar y generan un paralelo con los últimos incidentes de este tipo el 30 de marzo, sólo dos días antes de que Argentina ocupara Malvinas"³⁴ (Tweedale, 1982, p. 1, párrafo 4)

Para completar aún más el escenario de derrota, se contrasta la situación argentina con el júbilo patriótico de la prensa británica: "Prensa del Reino Unido estalla con patriotismo".

³⁵ ("UK press bursts...", 1982). Este artículo describe el buen humor predominante en Gran Bretaña tras el triunfo bélico.

Y, por último, en otro artículo de ese mismo día se describe que Costa Méndez había firmado un documento que establecía la rendición, pero que el general había tachado la palabra "incondicional" ("Menendez crossed out 'unconditionally'", 1982). Es decir, esto refuerza aún más la idea de la derrota argentina y la negación de los argentinos a aceptarla.

Por último, se analizará brevemente cómo la prensa venezolana cubrió la noticia del fin del conflicto. El diario venezolano El Nacional, eligió como noticia principal para su tapa del 17 de junio, la dimisión del canciller Costa Méndez ("Renunció el canciller...", 1982). En este artículo, aparece nuevamente la reticencia argentina a admitir la derrota:

"(...) la agencia independiente Noticias Argentinas dijo que existía malestar en los altos mandos militares que habrían criticado a Costa Méndez por haber utilizado la palabra 'rendición' cuando ayer aludió a los motivos del cese del fuego en las islas Malvinas". ("Renunció el canciller...", 1982, p. 1, párrafo 4)

Se pone de manifiesto que admitir la derrota o la rendición, no es una posición válida. En otra nota de este mismo diario, publicado en el mismo día, se menciona que la noticia del triunfo británico provocó en el Reino Unido un amplio apoyo a Margaret Thatcher, que se encontraba en su mejor momento (Montiel, 1982). Sin embargo, en otros artículos, vuelve a aparecer el apoyo a la posición argentina y se critica la dureza de Thatcher.

³³ Original en inglés, la traducción es mía

³⁴ Original en inglés, la traducción es mía

³⁵ Original en inglés, la traducción es mía

En el artículo de opinión “La posguerra de Malvinas” (1982), se señala que “La dama de Hierro aparece más dominadora que nunca y descarta toda negociación con Argentina sobre la descolonización de las Malvinas, pese al mandato de las Naciones Unidas en tal sentido.” (p. A-8, párrafo 1). Otra vez, aparece el antiimperialismo, que genera apoyo de los otros países latinoamericanos a la posición argentina.

El antiimperialismo aparece además en otro artículo, en el que se menciona que Cuba reclamó ante la ONU que, mientras se habla de desarme, se llevan a cabo guerras coloniales, como la de Malvinas en el Atlántico Sur (“Mientras se habla de desarme...”, 1982).

Pero volviendo al artículo que se estaba analizando, es interesante señalar que también se esboza una crítica al régimen militar argentino:

“Los militares argentinos no podrán convencer a la Nación Argentina acerca de las razones de la derrota militar. (...) Costará mucho que sane la herida de un pueblo que se considera utilizado y manipulado por una minoría en el gobierno.” (“La posguerra de Malvinas”, 1982, p. A-8, párrafo 1)

En conclusión, en este diario venezolano se manifiesta una crítica tanto al gobierno argentino como al gobierno británico, así como también un apoyo a la posición argentina, especialmente por la identificación y solidaridad que genera el factor antiimperialista. Si bien la prensa anglosajona no coincide con estas características, hay una similitud que comparten: ambas pueden catalogar al cese de fuego como una derrota y/o rendición argentina, algo impensado para la prensa argentina que se encontraba afectada por la censura. Pese a sus diferencias en cuanto a su posicionamiento (uno es tal vez, más favorable a la postura argentina que los otros), también en la cobertura sobre el fin de la guerra se hace evidente que la prensa internacional tenía un campo de posibilidades mucho mayor para hablar de una derrota argentina, y criticar al régimen militar.

Una breve síntesis de la posición de la prensa internacional frente a Malvinas:

Sintetizando los aspectos desarrollados a lo largo de este capítulo, podemos considerar que hay un gran contraste entre la posición de la prensa internacional y la posición de la prensa argentina. En los tres momentos analizados, la prensa internacional tuvo mayores posibilidades de limitarse al registro descriptivo/informativo (sin tener que expresar consenso), así como también de manifestar posiciones más críticas tanto al régimen militar argentino, como a sus propios gobiernos. Destaca sobre todo el hecho de que en la prensa internacional sí era posible realizar una impugnación total al régimen militar como un todo.

Esto se produjo por una variedad de factores. En primer lugar, por no estar bajo los efectos de la influencia de elementos constitutivos de la causa Malvinas, como el antiimperialismo y el nacionalismo. En segundo lugar, porque los periódicos no estaban sujetos a las prácticas de censura de un régimen autoritario. Además, la prensa internacional contaba con el aporte de los periodistas e intelectuales exiliados que habían tenido que huir de la censura y el terrorismo de estado que impuso la dictadura.

Sin embargo, hay una diferencia llamativa entre los medios anglosajones y los de otros países latinoamericanos que merece ser nuevamente enumerada. Los medios anglosajones tenían una tendencia a simpatizar con la posición inglesa (en el caso de los ingleses, probablemente esto se relacione con la influencia de la censura y orgullo nacionalista-imperial típico de un clima de guerra). Los medios latinoamericanos, en cambio, atravesados por el antiimperialismo que compartían con Argentina y el Tercer Mundo, así como también influenciados por el reposicionamiento de la política exterior argentina, que llevó a la dictadura militar a acercarse a No-Alineados; tuvieron una posición que se caracterizó por la solidaridad con la causa argentina. De todas formas, al estar ausente la censura impuesta en el caso argentino, existió una mayor libertad para hablar de la superioridad británica, considerar el cese de fuego como una derrota, y mencionar las bajas argentinas, en el caso del hundimiento del Belgrano.

Al ser comparados con la prensa argentina, ambos casos sirven para enfatizar el carácter determinante que tienen factores como la censura, el antiimperialismo, el nacionalismo territorial, y la profundidad con la que estaba insertada la causa Malvinas en la sociedad argentina en general, para explicar por qué los principales diarios argentinos tomaron las posturas que tomaron frente a la Guerra.

Consideraciones finales:

En la prensa argentina, predominó el consenso, fundamentalmente gracias al nacionalismo y el antiimperialismo. También la prensa se vio profundamente afectada por el especial contexto que implicaba un régimen autoritario que imponía prácticas de censura (no sólo a ella, sino a toda la esfera pública en general). Bajo el objetivo de llevar a cabo la guerra sucia contra la “subversión”, que como hemos visto, se había constituido en el principal enemigo nacional a eliminar; la prensa debió acompañar los objetivos mesiánicos del Proceso que buscaban reinstaurar un orden supuestamente perdido y regenerar por completo a la sociedad argentina en todos sus aspectos. Sin embargo, el fracaso del régimen militar a la hora de implementar sus proyectos regeneracionistas, provocó la erosión del apoyo a la dictadura militar. Las reformas económicas de corte liberal habían fracasado y muchos otros objetivos a nivel social o político todavía estaban lejos de alcanzarse. Esta fue la causa principal de la aventura en el Atlántico Sur: dicho suceso podía tener la capacidad de concentrar apoyos de muchos sectores de la sociedad. La causa Malvinas tenía la característica de poder entregarle a la dictadura militar un apoyo sin precedentes. Sin embargo, este consenso que se hizo presente en la sociedad civil en general, y en los medios de comunicación y la prensa periódica en particular, no fue casualidad. Con la Guerra de Malvinas, se cristalizaron en simultáneo (y mezclaron) varios fenómenos que venían desarrollándose desde hacía varias décadas y que, por lo tanto, trascienden a la propia dictadura militar: la construcción de Malvinas como causa nacional, muy ligada al antiimperialismo y al nacionalismo territorialista, y por último, el discurso de censura, que por lo menos existía desde 1960. Todo ello ayuda a explicar el consenso que brindó la prensa periódica a la causa. En este sentido, es importante señalar que se trata de un fenómeno multicausal, que va más allá de la simple coyuntura y de la sencilla lógica intuitiva que pretende explicar el apoyo brindado por los medios y la prensa unilateralmente, como una simple consecuencia de la censura y la manipulación de la información implementada por el régimen militar. Ciertamente, la censura junto con la manipulación de la información, resultaron en una cobertura de calidad muy pobre, por estar alejada de los hechos de la realidad. Pero el punto es comprender las razones que explican por qué se trató de esa manera la información relacionada a la guerra, y eso es lo que ha tratado de analizarse a lo largo de este trabajo.

Además, esta condensación de varios elementos en simultáneo, también ayuda a explicar por qué tanto la prensa periódica como la sociedad civil en general pudieron pasar de una posición de enfrentamiento al régimen a otra de apoyo en tan solo unos días. Sin embargo,

teniendo en cuenta estos factores, se entiende que el apoyo real no era a la dictadura militar en sí (con la cual venían acumulándose frustraciones y descontentos) sino que era apoyo a la causa Malvinas. Aunque a veces, los límites entre ambos elementos podían hacerse difusos. Prueba de esto es también el hecho de que luego de la derrota argentina, se aceleraron las manifestaciones en contra del gobierno militar, así como también se aceleró la erosión de legitimidad de los militares, y la puesta en marcha de la transición a la democracia en Argentina.

La prensa fue un espacio atravesado por el antiimperialismo y el nacionalismo, constructores de consenso. Así como también, fue otro sector de los varios que estuvieron atravesados por las políticas de censura y manipulación de la información del régimen militar, que buscaban clausurar la esfera pública y alinear a la cultura con sus propósitos regeneracionistas y con el objetivo de llevar a cabo la lucha contra la “subversión”. En cierto sentido, la conducta de la prensa durante la Guerra, es un ejemplo de un caso concreto que pone de manifiesto la presencia de políticas de censura durante el régimen militar. Sin embargo, no hay que sobredimensionar la censura: esta no fue ni omnipotente ni omnipresente, ni siempre muy fuerte. La reacción de los medios nacionales a la Guerra se explica por la conjunción de estos elementos. El campo de maniobra que tenía para expresar disidencia estaba seriamente condicionado por los elementos mencionados: la conjunción de estos factores casi no dejaba lugar para salirse del consenso, y manifestar una posición de mayor disidencia y con mayor espíritu crítico.

Al no estar atravesada por los elementos mencionados (antiimperialismo, censura, nacionalismo territorial), la prensa internacional tuvo un campo de maniobra más amplio para manifestar posiciones más críticas y de disidencia. La prensa anglosajona (de Estados Unidos y Gran Bretaña) tenía la posibilidad de pedir por un fin del conflicto, o de mantener un tono más neutral, que se mantiene en el umbral de lo descriptivo-informativo, sin tener que manifestar una posición innegablemente favorable a su propio gobierno (en el caso de Gran Bretaña). Sin embargo, la prensa británica también estuvo atravesada por la contratación del antiimperialismo de la Argentina: el renacer de cierto orgullo nacionalista imperial, que también le brindó un extenso popular a una Margaret Thatcher debilitada por diversos conflictos internos. Además, aunque menor, no puede dejarse de lado que también hubo cierta censura en Gran Bretaña, como sucede en casi cualquier contexto de guerra. Es lógico que, frente a un conflicto bélico, los gobiernos no quieran dejar que se filtre cualquier tipo de información. Por lo tanto, en dichos contextos, la libertad de prensa suele verse un poco restringida.

Aún pese a estos factores, en la prensa anglosajona, la posibilidad de expresar disidencia fue mucho mayor, y se hace evidente que el espacio para mencionar cuestiones que la prensa argentina no podía, era mucho más grande: se podía pedir por el fin de la guerra, hablar de la poca riqueza de las islas y de que no valía la pena luchar por ellas, criticar a los parlamentarios británicos, así como también impugnar al régimen militar como un todo. Era factible catalogar la rendición argentina como una derrota, mencionar la superioridad armamentística británica, criticar al régimen militar utilizando un tema tabú (los desaparecidos), describir las celebraciones británicas y los argumentos principales de la posición británica, entre otros.

En la prensa latinoamericana, sí se puede ver la solidaridad con la posición argentina, fundamentalmente porque los países latinoamericanos también se veían atravesados por el antiimperialismo y las ideas que, al estilo de la Nueva Izquierda, favorecían la cooperación entre los países del Tercer Mundo, en el marco de la liberación nacional. También en los países latinoamericanos, la prensa, aunque se manifestaba a favor de la Argentina, tenía más posibilidades de esbozar una mirada crítica, y de hablar sobre temas que en la prensa argentina se omitían, como las bajas, o considerar la rendición argentina como una derrota definitiva.

Resalta el gran contraste y la enorme distancia que hay entre la prensa extranjera con respecto a la prensa argentina: haciendo una generalización a gran escala, la prensa internacional es un caso que funciona como polo opuesto de la posición de la prensa argentina. Dónde en un caso hubo censura y consenso, atravesado por el nacionalismo antiimperialista; hubo en el otro mayor libertad y posibilidad de disidencia. Sin embargo, esta imagen rápida y a gran escala, merece ser matizada y complejizada.

En ese sentido, sería interesante abrir una línea de investigación en torno a cómo se posicionaron frente a Malvinas los medios comunicación del *underground* argentino (caracterizados por tener, en términos generales, una posición más crítica que las de los grandes medios), o también, como se posicionaron otros sectores del campo cultural-artístico-intelectual, como el cine, la radio, la TV, la literatura, los intelectuales (exiliados y no exiliados), entre otros. También, sería interesante complementar lo explorado en este trabajo con estudios que analicen el posicionamiento de distintos componentes de la esfera pública y la sociedad civil, como por ejemplo, la iglesia, los partidos políticos, sindicatos o asociaciones civiles de distinto tipo (clubes, por ejemplo, o comunidades de inmigrantes). Este tipo de investigaciones podría ayudar a determinar si el consenso en torno a la causa

Malvinas, alcanzó también a todos estos otros espacios o no, para así determinar el alcance real de una cuestión que se considera “causa nacional”.

Por el otro lado, sería igualmente interesante y fructífero realizar un análisis similar, pero tomando como objeto a la prensa británica, para contrastar y comparar el caso británico con el argentino. Allí, podría verse con mayor atención cómo afectó el renacer del orgullo imperialista a la manera en la que la prensa del Reino Unido cubrió el conflicto, a la vez que podría ayudar a realizar un análisis comparativo con el caso argentino en mucha mayor profundidad.

Otras líneas de investigación que podrían desprenderse del tema central de este trabajo, podrían ser un estudio de las solicitadas y publicidades de apoyo a la Guerra que se publicaban en los diarios (prestando atención a qué tipo de empresas y asociaciones apoyaban la guerra), o analizar la figura de las Islas Malvinas representadas como “mujer” que necesita ser rescatada. Aunque aquí ha sido escasamente mencionado, este tipo de representación femenina de las islas aparece con mucha frecuencia en la prensa argentina.

En el primer caso, sería interesante investigar la evolución de estas solicitadas de apoyo, para complementar y profundizar los análisis en torno al consenso de los medios de comunicación al conflicto de Malvinas. En el segundo caso, sería interesante analizar la simbología que remite a la mujer desde una perspectiva de género.

Todas estas investigaciones podrían aportar una mayor comprensión, así como también complementar y profundizar el conocimiento en torno a las conductas de la prensa durante la Guerra de Malvinas.

Referencias bibliográficas

- Avellaneda, A. (1986), *Censura, autoritarismo y cultura: Argentina 1960-1983* (Vol. 1), Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Blaustein, E. y Zubieta, M. (1998), *Decíamos ayer. La prensa argentina bajo el Proceso*, Buenos Aires: Colihue.
- Carassai, S. (2013), *Los años setenta de la gente común*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- De Riz, L. (2000), *La política en suspenso 1966-1976*, Buenos Aires: Editorial Paidós.
- De Riz, L. (1987), *Retorno y derrumbe: el último gobierno peronista*, Buenos Aires: Editorial Hyspamérica.
- Devoto, F. (2002), *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna: una historia*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Franco, M. (2012), *Un enemigo para la nación*, Buenos Aires: FCE.
- Gellner, E. (2001), *Naciones y Nacionalismo*, trad. Javier Seto. Madrid: Alianza Editorial.
- Gregorich, L. (2014), “Literatura. Una descripción del campo: narrativa, periodismo, ideología” en Sosnowski, S. (comp.), *Represión y reconstrucción de una cultura: el caso argentino*, Buenos Aires: Eudeba.
- Hobsbawm, E. (1991), *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Barcelona: Crítica.
- Invernizzi, H., y Gociol, J. (2003), *Un golpe a los libros: represión a la cultura durante la última dictadura militar*. Buenos Aires: Eudeba.
- Lorenz, F. (2006), *Las guerras por Malvinas*, Buenos Aires: Edhasa.
- Marino, S. y Postolski, G. (2006), “Relaciones peligrosas. Los medios y la dictadura entre el control, la censura y los negocios” en *Revista de Economía Política de las Tecnologías de la Información y Comunicación* (www.eptic.com.br) : Vol. VIII (1).
- Masiello, F. (1987), “La Argentina durante el Proceso: las múltiples resistencias de la cultura.”, en Balderston, D. (comp.), *Ficción y política. La narrativa argentina durante el proceso militar*, Buenos Aires: Alianza, pp. 11-29.

Novaro, M. y Palermo, V. (2003), *La dictadura militar (1976-1983). Del golpe de estado a la restauración democrática*, Buenos Aires: Paidós.

Novaro, M. (2010), *Historia de la Argentina: 1955-2010*, Buenos Aires: Siglo XXI.

Palermo, V. (2007), *Sal en las heridas: las Malvinas en la cultura argentina contemporánea*, Buenos Aires: Sudamericana.

Quiroga, H. (2005), “El tiempo del Proceso” en Suriano, J., *Nueva Historia Argentina*, Tomo X, Buenos Aires: Sudamericana.

Russell, R. (1996), “Sistema de creencias y política exterior argentina: 1976-1989”. en *Serie de Documentos e Informes de Investigación* N° 204, Buenos Aires: FLACSO Argentina.

Said, E. (1999), *Cultura e imperialismo*, trad. Nora Catelli, Barcelona: Anagrama.

Sarlo, B. (2014), “El campo intelectual: un espacio doblemente fracturado”, en Sosnowski, S. (comp.), *Represión y reconstrucción de una cultura: el caso argentino*, Buenos Aires: Eudeba.

Tortti, M. C. (2005), “Las divisiones del Partido Socialista y los orígenes de la nueva izquierda argentina” en Camarero, H. y Herrera, C., *El Partido Socialista en Argentina*, Buenos Aires: Editorial Prometeo.

Tortti, M. C. (1999), “Protesta social y nueva izquierda en la Argentina del GAN” en Pucciarelli, A., *La primacía de la política: Lanusse, Perón y la nueva izquierda en tiempos del GAN*, Buenos Aires: Eudeba.

Ulanovsky, C. (1997), *Parén las rotativas: una historia de grandes diarios, revistas y periodistas argentinos*. Espasa: Buenos Aires.

Varela, M. (2005), “Los medios de comunicación durante la dictadura: entre la banalidad y la censura” en *Camouflage Comics. Censorship, Comics, Culture and the Arts*, Versión online: http://www.camouflagecomics.com/pdf/02_varela_es.pdf (Fecha de consulta: 24/6/17)

Vezzetti, H. (2009), *Sobre la violencia revolucionaria: Memorias y olvidos*, Buenos Aires: Siglo XXI.

Lista de fuentes

Prensa Nacional

Inicios de la Guerra:

- Alborozo ciudadano por la reconquista de las Malvinas. (1982, Abril 3). *La Nación*, pp. 1, 18.
- Argentina comenzó el operativo de recuperación de las Malvinas. (1982, Abril 2). *La Prensa*, pp. 1, 4.
- Argentinazo: ¡Las Malvinas recuperadas! (1982, Abril 2). *Crónica*, pp. 1, 24.
- Campobassi, J. S. (1982, Abril 2). Atlántico Sudoccidental: Mar argentino y uno de los más ricos e importantes del mundo. *La Nación*, p. 9.
- Conflicto en punto crítico. (1982, Abril 2). *La Nación*, p. 8.
- Del Carril, B. (1982, Abril 2). Los ataques ingleses a la Argentina. *La Nación*, p. 9.
- Desde temprano las calles mostraron mucha animación. (1982, Abril 3). *La Prensa*, pp. 1, 8.
- Desembarco argentino en el archipiélago de las Malvinas. (1982, Abril 2). *La Nación*, pp. 1-7.
- Destéfani, L. H. (1982, Abril 3). La recuperación de las Malvinas. *La Nación*. Fuente consultada en: Archivos Di Tella, Universidad Torcuato Di Tella.
- En las Malvinas hay gobierno argentino. (1982, Abril 2). *La Razón*, p. 1.
- Enfervorizada adhesión popular hubo en el interior del país. (1982, Abril 3). *La Prensa*, p. 6.
- Euforia popular por la recuperación de las Malvinas. (1982, Abril 3). *Clarín*, p. 1.
- Iglesias Rouco, J. (1982, Abril 2). Hacia las Malvinas. *La Prensa*, pp. 1, 6.
- Júbilo por la recuperación argentina de las islas Malvinas. (1982, Abril 3). *La Prensa*, pp. 1, 10.
- Zarpa la flota inglesa, otra vez a piratear. (1982, Abril 2). *Crónica*, p. 1.

Hundimiento del Belgrano:

- ¡Fue mortífero el contraataque de Argentina! (1982, Mayo 5). *Crónica*, p. 1.
- Bruno Kreisky, "Residuo colonial". (1982, Mayo 5). *Clarín*, p. 18.

- Fuera de la zona del bloqueo fue hundido el crucero Gral. Belgrano . (1982, Mayo 4). *La Nación*, p. 1.
- Confirmado: hundieron al crucero General Belgrano.Hay sobrevivientes. (1982, Mayo 4). *Crónica*, p. 1.
- Rescatan náufragos del crucero hundido. (1982, Mayo 4). *Clarín*, pp. 1, 9.

Fin de la Guerra:

- ¡Tregua! (1982, Junio 15). *Crónica*, p. 1.
- Cesaron los combates en las Malvinas. Se firmó un acta para retirar las tropas argentinas. (1982, Junio 15). *Clarín*, pp. 1-5.
- La historia como debe ser escrita. (1982, Julio 4). *La Nación*. Fuente consultada en: Archivos Di Tella, Universidad Torcuato Di Tella.
- Rige un alto al fuego de hecho en la capital de las islas Malvinas. (1982, Junio 15). *La Prensa*, pp. 1, 6.
- Schönfeld, M. (1982a, Junio 15). El épico esfuerzo, realizado hasta ahora, no debe quedar sujeto sólo al honor militar, sino al honor nacional. *La Prensa*, p. 12.
- Schönfeld, M. (1982b, Junio 16). El cese del fuego tiene visos de rendición total y la ciudadanía exige, justificadamente, una explicación. *La Prensa*, p. 12.
- Se ha producido un alto el fuego y deben acordarse sus condiciones. (1982, Junio 15). *La Nación*, pp. 1, 5, 10, 16.

Otros, miradas disidentes:

- Altamirano, C. (1982, Ago-oct.). Lecciones de una guerra. *Punto de Vista*, 5(15), pp. 3-5. Versión online: <http://www.ahira.com.ar/revistas/pdv/11/pdv15.pdf> (Fecha de consulta: 25/6/17)
- Solicitada CLAMOR. (1982, Abril 4). *La Prensa*, p. 3.

Prensa Internacional

Inicios de la Guerra:

- Argentina recovers Malvinas by force. (1982, Abril 3). *Buenos Aires Herald*, p. 1.
- ARGENTINA SEIZES FALKLAND ISLANDS; BRITISH SHIPS MOVE. (1982, Abril 3). *New York Times*, p. 6. Versión online: <http://www.nytimes.com/1982/04/03/world/argentina-seizes-falkland-islands-british-ships-move.html> (Fecha de consulta: 25/6/17)
- ARGENTINA: Galteri flies the flag. (1982, Abril 2). *Latin America Weekly Report* (WR-82-14), pág. 6. Versión online: <https://www.latinnews.com/search.html?id=80&archive=44021&search=WR-82-14> (Fecha de consulta: 25/6/17)
- Argentines celebrate. (1982, Abril 3). *Buenos Aires Herald*, p. 1, 7.
- Biggest British war fleet since Suez crisis. (1982, Abril 5). *Buenos Aires Herald*, p. 1, 9.
- Britain caught off guard. (1982, Abril 3). *Buenos Aires Herald*, p. 7.
- Caricatura “Sin título”. (1982, Abril 4). *Buenos Aires Herald*, p. 8.
- Crisis in the South Atlantic: steaming into battle. (1982, Abril 9). *Latin America Weekly Report*, (WR-82-15), p. 1. Fuente consultada en: Archivos Di Tella, Universidad Torcuato Di Tella.
- FALKLAND ISLANDS AT A GLANCE. (1982, Abril 3). *New York Times*. Versión online: <http://www.nytimes.com/1982/04/03/world/falkland-islands-at-a-glance-falkland-islands-history.html> (Fecha de consulta: 25/6/17)
- Hansen, R. (1982, Abril 3). The islands again. *Buenos Aires Herald*, p. 8.

Hundimiento Belgrano:

- 500 murieron a bordo del General Belgrano. (1982, Mayo 4). *El Diario de Caracas*, pp. 1, 6, 38-40, 48. Fuente consultada en: Archivos Di Tella, Universidad Torcuato Di Tella.
- Apple Jr., R. W. (1982, Mayo 4). London reports new clash at sea. *New York Times*, pp. A19-A20. Versión online: <http://www.nytimes.com/1982/05/04/world/london-reports-new-clash-at-sea.html> (Fecha de consulta: 25/6/17)
- British papers still shaken. (1982, Mayo 7). *Buenos Aires Herald*, p. 7.
- La muerte llegó en cuestión de segundos. (1982, Mayo 8). *Barricada*, p. 4. Fuente consultada en: Archivos Di Tella, Universidad Torcuato Di Tella.

- La sangre tiñó de rojo las aguas del Atlántico Sur. (1982, Mayo 4). *El Diario de Caracas*, p. 1. Fuente consultada en: Archivos Di Tella, Universidad Torcuato Di Tella.
- Sinking of cruiser 'act of aggression' (1982, Mayo 4). *Buenos Aires Herald*, p. 1.
- Sympathy may swing away from Britain. (1982, Mayo 4). *Buenos Aires Herald*, p. 9.
- Thatcher 'devastated' (1982, Mayo 5). *Buenos Aires Herald*, p. 1.
- UK papers divided on loss of ship. (1982, Mayo 6). *Buenos Aires Herald*, p. 8.

Fin de la Guerra:

- Borders, W. (1982, Junio 16). The Jubilant Britons Acclaim Their Prime Minister. *New York Times*. Fuente consultada en: Archivos Di Tella, Universidad Torcuato Di Tella.
- British take 13000 in Falkland surrender; Bar Argentine rol; Junta balks at terms. (1982, Junio 16). *New York Times*, p. 1. Fuente consultada en: Archivos Di Tella, Universidad Torcuato Di Tella.
- Flag brought down at Pto. Argentino. (1982, Junio 16). *Buenos Aires Herald*, p. 1, 16.
- La posguerra de las Malvinas. (1982, Junio 17). *El Nacional*, pp. A-8. Fuente consultada en: Archivos Di Tella, Universidad Torcuato Di Tella.
- Meislin, R. J. (1982, Junio 15). Argentine reports a truce but is silent on a surrender. *New York Times*. Versión online: <http://www.nytimes.com/1982/06/15/world/argentine-reports-a-truce-but-is-silent-on-a-surrender.html> (Fecha de consulta: 25/6/17)
- Menendez crossed out 'unconditionally' (1982, Junio 17). *Buenos Aires Herald*, p. 8.
- Middleton, D. (1982, Junio 16). *British Victory: Coordination and Professionalism*. *New York Times*. Fuente consultada en: Archivos Di Tella, Universidad Torcuato Di Tella.
- Mientras se habla de desarme se imponen guerras coloniales. (1982, Junio 17). *El Nacional*. Fuente consultada en: Archivos Di Tella, Universidad Torcuato Di Tella
- Montiel, G. (1982, Junio 17). Margaret Thatcher en su mejor momento. *El Nacional*. Fuente consultada en: Archivos Di Tella, Universidad Torcuato Di Tella.
- Renunció el canciller Nicanor Costa Méndez. (1982, Junio 17). *El Nacional*, p. 1. Fuente consultada en: Archivos Di Tella, Universidad Torcuato Di Tella.
- Tweedale, D. L. (1982, Junio 16). Angry protesters clash with police. *Buenos Aires Herald*, p. 1, 9.
- UK press bursts with patriotism. (1982, Junio 16). *Buenos Aires Herald*, p. 7.

Anexo – algunos artículos periodísticos utilizados como fuentes:

Hacia las Malvinas

Por J. Iglesias Rouco, La Prensa (2/4/1982).

Por primera vez en muchos años, un gobierno argentino hace algo, y además lo hace bien. Nuestras previsiones de enero se han cumplido: la Argentina accedió ayer recuperar las Malvinas, tras 150 años de usurpación británica. Adoptó la determinación, en el momento justo y en las condiciones adecuadas, esto es, antes de que nuestro propio gobierno o el británico, se vieran obligados a tomar la iniciativa de una confrontación de proporciones mayores, arrastrados por las circunstancias. Ahora, todo dependerá de la firmeza del presidente y de las Fuerzas Armadas. Lo cierto es que Londres ha rechazado la contrapropuesta del domingo por la cual la Argentina intentó que Gran Bretaña reconociera su soberanía sobre el archipiélago.

Esta operación, que con toda justicia satisface hoy las exigencias de nuestra dignidad nacional, será recordada, si no hay pasos atrás -y de anoche casi todo indicaba que no los habría- como el principal logro del régimen militar, junto con su triunfo sobre la subversión; con la diferencia de que los métodos empleados y el costo político y moral de la obra, no entorpecen, como en el caso de la llamada “guerra sucia”, el espíritu, ni la vida ni la conciencia de los argentinos. Por el contrario, los magnifican, y hasta cierto punto suavizan el complejo de aislamiento y decaimiento al que está sometida la nación desde hace décadas. Las Fuerzas Armadas y el general Galtieri y su gabinete han ganado así, el margen de los resultados finales de esta acción, una posición respetable, dentro del desbarajuste, claro está, del actual “proceso” y de los que lo antecedieron.

Para conservarlo, tendrán que abstenerse de introducir esta demostración de voluntad y buen gobierno en lo que podríamos llamar sus previsiones políticas de poder. De ninguna manera, el retorno de las Malvinas al suelo patrio puede transformarse, ni en la práctica se transformará, en más tiempo o réditos políticos para el régimen o cualquier otro sector argentino que pretenda usufructuarlo. Únicamente le permite recuperar parte de la confianza perdida; pero sólo de la confianza que le otorgaron a comienzos de este año aquellos sectores que en él vieron una última posibilidad, no de imposibles continuidades “sine dio”, ni de “salidas” apresuradas o “concertadas” en la sombra, sino de construcción de bases económicas y políticas mínimas, a muy corto plazo, que preserven de la presente incertidumbre, tanto a las instituciones militares como la idea de libertad.

El Beagle

Indudablemente, el recalentamiento argentino en las Malvinas abrirá, si se consolida diplomática y estratégicamente, nuevas perspectivas a las negociaciones de Roma sobre el Beagle, que desde hace tiempo están poco menos que paralizadas. La Iglesia no ha aceptado todavía la propuesta argentina de renegociación del esquema papal del 12 de diciembre. Pero en la medida en que el plan de recuperación total de las Malvinas llegue, como suele decirse, a buen puerto, el Vaticano verá seguramente en ese acontecimiento la posibilidad de alcanzar un entendimiento también aceptable para Chile, y quizás esté dispuesto a modificar aquellos capítulos de su proyecto inadmisibles para la Argentina. Esto significaría, a su vez, que Buenos Aires, sin renunciar al principio bioceánico y a enclaves firmes en las islas que le ofrezcan seguridad jurídica en las aguas, podría estudiar acaso nuevas sugerencias, cuya viabilidad le era difícil entrever en 1980, a causa, justamente, de su debilidad general en la zona austral.

Con Occidente

Pero el primer paso de anoche hacia las Malvinas le abre además a la Argentina, quizá por primera vez en estos últimos años, un panorama prometedor en lo diplomático y estratégico, de cara a los Estados Unidos y toda la alianza occidental, si Buenos Aires evalúa correctamente la situación general, tras la ofensiva diplomática que el mercado común europeo, alineado con el Reino Unido, lanzará ahora en su contra. En ese aspecto, los efectos benéficos de una concertación firme y leal con occidente para la defensa de la región austral, unido a un alejamiento paulatino de los lazos ocasionales, tecnológicos y comerciales, que la atan a la Unión Soviética, serían con el tiempo muy superiores a los que puedan derivarse de la simple recuperación de las Malvinas. Y tal concertación no puede tener alcances meramente estratégicos, militares o siquiera económicos; será imprescindible además que la Argentina entre de lleno en el mundo del Estado de derecho, es decir, en las formas de vida nacional, jurídicas y políticas, que hacen a la esencia misma de occidente, sin las cuales toda alianza sería pasajera y, a la postre, vacía de contenido para el país y sus amigos.

Ahora, firmeza

En el curso de las próximas horas y días, el régimen militar y toda la nación deberán afrontar, unidos con firmeza, y ánimo constructivo, esta emergencia de las Malvinas, frente a las inevitables presiones, de diversa naturaleza que lleguen del exterior. La decisión de ayer no tiene retorno, ya que cualquier retroceso implicaría no sólo la “salida” más que apresurada de este gobierno, sino un trastorno de consecuencias imprevisibles para toda la comunidad. Lo que se está haciendo es sensato, justo e históricamente honorable para los argentinos y también para Gran Bretaña y los habitantes del archipiélago, a quienes Buenos Aires ha garantizado sus derechos en plenitud. La Argentina puede seguir actuando, pues, en confianza de su propia razón.

Alto el fuego en puerto argentino: madrugada; dramáticas negociaciones

¡Tregua!

Instancia Crucial: se acordaban las condiciones del cese del fuego que comenzó a regir ayer a media tarde, luego que el General Menéndez fuera autorizado a conversar con el general Jeremy Moore.

Después de setenta y dos horas de violentos combates, con un altísimo número de bajas por ambos bandos, se estableció de hecho en la zona de Puerto Argentino un cese del fuego, luego que el jefe de las fuerzas invasoras solicitara al General Menéndez iniciar conversaciones. El comandante militar argentino recabó instrucciones a la Junta y ésta lo autorizó a iniciarles, siempre que en ellas “no se comprometiera el honor de las Fuerzas Armadas Argentinas”. Esta reunión, en la que se debían acordar las condiciones del cese de fuego, debía haberse realizado a las 16 pero, según informe anoche el Estado Mayor Conjunto, se postergó para las 19, ignorándose al cierre de esta edición que resultados había arrojado.

Paralelamente, y ya desde la media tarde, se fue tomando conocimiento de sucesivas reuniones de los más altos estamentos gubernamentales y castrenses. Entre estas deliberaciones se cuentan las efectuadas por el Comité Militar y las de los mandos superiores de las tres Fuerzas Armadas. Es obvio conjeturar que estas reuniones estaban, y están, destinadas a establecer los pasos a seguir en relación al conflicto bélico derivado de la agresión inglesa a las islas Malvinas. La madrugada, pues, evidenciaba un cuadro de tensa expectativa que, naturalmente, abarcaba a toda la población. Prueba de esto último, fueron las diversas manifestaciones que en distintos lugares céntricos y aún frente a la Casa de Gobierno, se efectuaron anoche. También se mencionaba, sin confirmación oficial, la posibilidad de que el Presidente Galtieri dirigiera un mensaje al país, para referirse a estas dramáticas y graves circunstancias.

Cabe señalar, por último, que las informaciones precedentes del frente de batalla, daban cuenta de que la guarnición argentina luchó hasta las últimas posibilidades, llegando incluso a episodios de real heroísmo, frente a un enemigo que utilizó en su ataque último, la suma de las más moderna y letal tecnología bélica, proporcionada por su “fiel aliado” norteamericano y los “socios” europeos a través de la OTAN. La sangre, tan valientemente derramada por nuestros héroes, certifica que puede haber concluido una batalla, pero que la lucha por la soberanía argentina en las islas Malvinas recién comienza.

El “cese el fuego” tiene visos de rendición total y la ciudadanía exige, justificadamente, una explicación

Por Manfred Schönfeld, La Prensa (16/6/1982)

Con un menosprecio por la opinión pública que no puede ser admitido, casi 24 horas después de haberse firmado en Puerto Argentino el acta de un supuesto “cese el fuego”, la opinión del país seguía careciendo ayer de la más mínima información acerca del contenido de dicho documento.

Los medios de difusión masiva -controlados por el gobierno- se dedicaban a seguir ofreciendo a los televidentes y oyentes sus insulsos programas, como si nada hubiese pasado. Entre tanto, desde Gran Bretaña se anunciaba -oficialmente- la rendición de las fuerzas argentinas en la capital de las Malvinas. Añadiase, asimismo - a diferencia de una versión contraria que, en un principio, había trascendido igualmente desde Londres- que Margaret Thatcher enviaría otra vez al gobernador colonial británico, Rex Hunt, depuesto el 2 de Abril por las autoridades de nuestro país, para hacerse cargo de sus funciones y que, paralelamente, el general Moore ejercería la función de una especie de administrador en cuanto a aspectos militares. Finalmente, se informó que en la Gran Malvina los británicos estarían a punto de aceptar la rendición de unos dos mil efectivos, que, de ese modo, se sumarían al número de más de quince mil prisioneros tomados por los invasores en Soledad.

Nada de eso fue desmentido, en el curso de la jornada, por nuestro diligente secretario de información pública, el señor Baltiérrez. Nada fue aclarado al respecto. Nada esclarecido.

La reacción popular

Lo único que se le ocurrió vaya a saber uno a qué mente sagaz, fue la peregrina idea de convocar por los medios de difusión aludidos a la población de la ciudad, para que fuese a la Plaza de Mayo y escuchase allí una alocución que, desde los balcones de la Casa de Gobierno, pronunciaría el general Galtieri.

Se entiende que esa intención no pudo convertirse en realidad: la histórica plaza era un hervidero desde muchas horas antes de tal invitación, y no precisamente un hervidero de fervorosos adictos al gobierno. Los improperios - en general irreproducibles- llenaban el aire.

Cuando se supo de la convocatoria mencionada, la gente tuvo - naturalmente- algo así como una legitimación oficial de su presencia en el lugar, lo cual la hizo acudir en número cada vez creciente. Pero el ánimo era el mismo y fue empeorando de modo intenso y furioso.

Finalmente, se produjeron las habituales corridas, los disparos de gases lacrimógenos, incluso en lugares más alejados, aislados tiros de arma de fuego. Y la “salida al balcón” fue suspendida por razones obvias.

Se entiende que, en tales casos, nunca faltan elementos infiltrados y se entiende también que el gobierno intentará hacer creer a la población que el acto no se realizó porque sólo algunos de los que estuvieron allí lo hicieron fracasar, obedeciendo a instrucciones y directivas políticas de raíces más o menos oscuras: comunistas, peronistas y diversos tipos de extremistas. Sin duda, hay mucho de verdad en tal afirmación, en lo que concierne al orden alterado. Pero que nadie se haga ilusiones al respecto: la protesta en sí fue espontánea y genuina.

Una gran ilusión frustrada

Es más: no sólo fue espontánea y genuina -así se hayan enancado en ella los inflamables elementos espurios que siempre se hacen presentes en tales oportunidades, para pescar a río revuelto- sino que, además, fue justificada.

Cuando anteayer no más escribíamos el comentario que fue publicado en la edición de “La Prensa” de ayer, nos aferrábamos a la esperanza de que lo concertado entre los generales Menéndez y Moore sería no más que un cese el fuego, lo cual - según dimos a entender- es un hecho que se puede dar, en determinadas circunstancias, durante el curso de una acción bélica.

El cese el fuego no entraña una rendición incondicional o poco menos que incondicional. Porque, si alguien trata ahora de decirnos que no es incondicional porque los británicos aceptaron la condición de que pudiésemos llevarnos, con los honores militares del caso, nuestras banderas - o según otra versión que circuló, porque no habrá fotógrafos ni periodistas, para que no quede fijado el humillante arrió de nuestro pabellón-, le diremos que esas son lindezas. Y añadiremos que - por deformadas que puedan ser las cifras que suministren los británicos, aunque las de los prisioneros de Puerto Darwin terminaron por no haber sido tan deformadas - siempre está el hecho de que nuestra guarnición disponía de por lo menos diez mil hombres y, probablemente, de más, amen de los que estaban a la retaguardia del enemigo.

Con semejante fuerza - por “sofisticado” que sea el armamento del invasor- uno tiene siempre suficientes cartas de triunfo en la mano, para no rendirse sin imponer condiciones un poco más palpables que algunas formalidades pertenecientes al ámbito de la caballerosidad castrense.

De cualquier manera, quien quiera que haya dado sus instrucciones al General Menéndez, frustró una gran ilusión argentina. De ahí que lo ocurrido ayer en Plaza de Mayo -al margen de la explotación política que hayan querido hacer de ello tales o cuales sectores o grupúsculos políticos- fue, según creemos interpretarlo, la expresión de un amplio sentimiento popular.

Decimos “amplio” y no necesariamente “mayoritario” porque no podemos dejar de pensar, simultáneamente, en las masas hipnotizadas por el lavado de cerebro puesto en marcha por la televisión que el gobierno regimentar, y que canturreaban “paz”, y otra vez “paz”, y una vez más “paz”, pocos días antes al paso o la presencia del Papa, mientras los británicos mataban a nuestros hombres en el Sur. De modo que ya no sabemos bien hacia dónde apuntan ciertos sectores populares argentinos en su veleidoso deambular por el mundo de los sentimientos multitudinarios.

Lo que si sentimos es que el gobierno le debe una amplia rendición de cuentas a la ciudadanía. Se la debe, de por sí, y desde hace tiempo, sobre muchas otras cosas. Ahora se agrega esta que es esencial, quizá la más esencial de todas. Y de más está decir que el discurso presidencial no fue sino una pieza de oratoria, mezcla de arenga y de homilía.

Factor desencadenante

Porque, en la medida en que el gobierno crea no tener la necesidad de hacerlo, en la medida que crea que no debe dar la cara, le aseguramos que se equivoca profundamente. El país no olvida ni olvidará. Ni a sus muertos ni a sus grandes causas nacionales. El país está en estado de movilización, si no material, al menos espiritual. El gobierno tiene todavía la oportunidad de marchar al frente de esa movilización, si mantiene alta la bandera de la lucha y no acepta la humillación gratuita e injustificada.

No debe haber rendición y, si la hubo, debe ser revocada. De lo contrario, serán revocados - tarde o temprano- los poderes que la ciudadanía nunca, de por sí, otorgó al gobierno, pero que toleró que éste asumiera, bajo la presión de circunstancias especiales.

Estas circunstancias, empero, no duran indefinidamente y la desilusión debida a una gran causa nacional perdida -porque la lucha no sigue, y eso sólo porque se perdió una batalla-, puede convertirse en el desencadenante de una reacción incontrolable.

Britain's ferocious reaction to the Argentine invasion of the Malvinas/Falkland Islands on 2 April has caught both Washington and Buenos Aires by surprise. There is no doubt, as we go to press, that Margaret Thatcher is ready to go to war. But the fuse now has to burn for two or three weeks as the British fleet cruises southwards. It will be a period of feverish lobbying, with the United States desperately trying to mediate between two of its closest allies.

Amid the furious outpouring of British jingoism and wounded national pride, it has to be said that the islands are no more part of Britain than Goa was of Portugal, or Martinique is part of France. They are a relic of a period when the European powers wandered over the globe laying claim to sundry pieces of real estate.

Unlike most other colonial dependencies, the islands could never have hoped for independent nationhood. Other things being equal, it would have made sense long ago for the islands to have raised the Argentine flag as the Islas Malvinas. Argentina is, after all, full of English, Welsh, Irish and Scottish farming communities, which have managed to retain their culture while holding Argentine passports.

Successive British governments have refused to budge on the sovereignty issue, while doing nothing to reduce either the growing dependency of the islands on Argentina, or the probability that one day an Argentine government would launch an irreversible invasion.

In Britain, the storm which is raging around the government's ministers in parliament--and has already forced Lord Carrington's resignation as foreign secretary--focused on the failure to anticipate the invasion. This missed the point. Lord Carrington was correct in saying after his resignation that little could have been done even if he had been certain the invasion was imminent.

The decision to abandon the Falklanders to an Argentine fate was taken some years ago when the Labour government (without any objections from the Tory opposition) decided not to act on the recommendations of the Shackleton Commission (LAPR XI, 22). Both major British parties failed to spell out to the British public that such a decision had been taken. It was fondly hoped that the island community would collapse into unviability of its own accord, without Argentine intervention.

The failure to secure the legitimate rights and the future of the islanders through a negotiated agreement left the British government this week facing the stark choice between war and surrender.

A notable feature of the debate last weekend was the sudden discovery by British members of parliament of all parties that Argentina was ruled by a group of fearful fascists with a bad human rights record. Very few of those same parliamentarians had raised a murmur at the murder (by these same 'fascist' generals) of at least ten times the number of people now living on the islands in 1976-78. In fact, Margaret Thatcher's government hastened to repair relations between the two countries in 1979.

There is nothing sacred nor incontestable about Argentina's claim to the islands. In international law, it is not much better than Britain's claim (RS82-03). But in terms of ending a jurisdictional anomaly, it is incontestably the best solution. Britain's obligations to the islanders are substantial and affordable; but they stop well short of going to war with Argentina.

It is hard to imagine who could possibly be the winner in such a war, except possibly President Leopoldo Galtieri. Britain is still popularly perceived in Argentina as the former colonising power (even though Argentina never was a British colony).

It still seems likely, on balance, that Britain's military ardour will be dampened during the next two weeks at sea. The United States has a great deal at stake and will try all means to prevent two of its closest allies launching a 19th century naval engagement fought with 20th century weapons.

La sangre tiñó de rojo las aguas del Atlántico Sur
El Diario de Caracas, p. 1 (Portada), 4/5/1982

La Armada argentina perdió el domingo uno de sus más importantes navíos: el “General Belgrano”, hundido por un submarino inglés. Unos 500 soldados sureños perecieron en la acción. En Puerto Darwin, el sábado, murieron once isleños de origen británico en los ataques efectuados por helicópteros de la flota Real. Dos lanchas argentinas fueron alcanzadas ayer por el fuego británico, mientras un remolcador parecía estar naufragando también.

La sangre de unos quinientos soldados argentinos -la mitad de la tripulación del crucero argentino “General Belgrano”, hundido el domingo por un submarino británico frente a las Islas Malvinas, cubrió de un rojo trágico las aguas del Atlántico Sur.

La información sobre la tragedia fue proporcionada ayer en Nueva York, por la embajadora de Estados Unidos ante las Naciones Unidas, Jeanne Kirkpatrick, de acuerdo con nuestros servicios noticiosos AFP, Latin Reuter y UPI.

La versión fue, fatídicamente, confirmada tanto en Londres como en Buenos Aires. En la capital argentina se añadió que varias lanchas con 20 a 25 soldados cada una, presuntamente sobrevivientes del crucero “General Belgrano” fueron avistadas en pleno mar. Buenos Aires dijo que rescató 123 sobrevivientes.

La pérdida del navío, uno de los más importantes de la Armada sureña, puede poner en situación de inferioridad a la Argentina frente a la flota británica, además de constituir un revés psicológico muy importante.

Sin embargo, el luctuoso acontecimiento fue seguido por otro choque entre fuerzas argentinas y británicas, ayer en el Atlántico Sur, cuando una lancha patrullera sureña fue hundida y otra dañada por helicópteros Lynx. Las aeronaves atacaron a las lanchas patrulleras con misiles, después que los navíos argentinos abrieron fuego contra un helicóptero Sea King del portaaviones “Hermes”, de acuerdo con informes divulgados en Londres por el Ministerio británico de Defensa.

La nueva acción se desarrolló al norte de la isla de Soledad, unas noventa millas dentro de la zona de exclusión impuesta por los británicos. Argentina sostuvo que fue fuera de la zona. Por otra parte, el remolcador argentino “Sobral” estaba naufragando 80 millas al norte de las Malvinas, según dos llamados de auxilio (S.O.S.) captados por radioaficionados en el puerto de Punta Arenas, al extremo austral de Chile. El “Sobral” fue atacado cuando iba a socorrer a un aviador caído en el mar.

En Washington, el Departamento de Estado norteamericano deploró el eventual hundimiento del crucero argentino “General Belgrano”, de acuerdo con el vocero Joseph Reap Jr., quien indicó, sin embargo, que “no pudimos confirmar el hundimiento del General Belgrano. Sin embargo, si los informes fuesen ciertos lamentaríamos profundamente la pérdida de vidas.”

Más Muertes

Por otra parte, la agencia oficial de noticias argentina Télam, informó ayer que el ataque lanzado el sábado por helicópteros ametrallados ingleses contra Puerto Darwin, en las Islas Malvinas, dejó once muertos entre isleños de origen británico. Previamente, un comunicado oficial denunció que la flota británica no respetaba vidas y bienes civiles en sus ataques para recuperar las Malvinas.

Naciones Unidas

Entre tanto, las consultas del presidente del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas con otros miembros del órgano, para intentar dar solución al conflicto, terminaron anoche sin que se haya fijado una reunión formal o informal de ese cuerpo. Al parecer, ni Gran Bretaña ni Argentina desean, actualmente, una reunión del Consejo de Seguridad, se dijo.